

NUEVA HISTORIA ARGENTINA

TOMO 9

VIOLENCIA, PROSCRIPCIÓN
Y AUTORITARISMO
(1955-1976)

Director de tomo: Daniel James

FOTOCOPIADORA	
(219)	CEHCE
Folio 185	SIF 1 DIF 13

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

CENTRO DE ESTUDIANTES F.P.Y.C.S.	
Nº CARP.	SIF
FOLIO	DIF
AGRUPACIÓN RODOLFO WALSH	

VIII

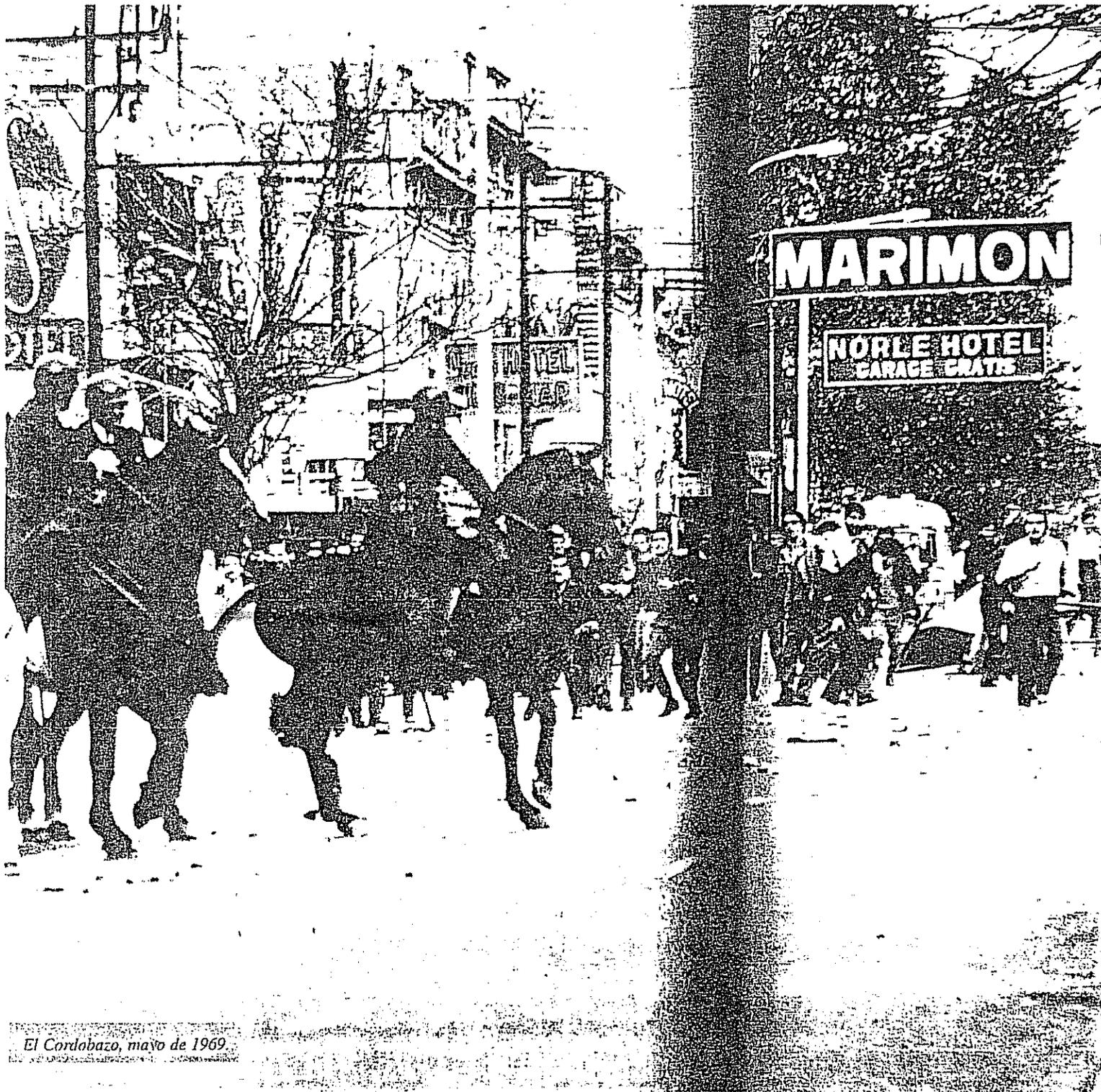
*Protesta, rebelión y movilización:
de la resistencia a la lucha armada,
1955-1973*

por MÓNICA B. GORDILLO



219 195

(1)



El Cordobazo, mayo de 1969.

La "Revolución Libertadora", que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón, pretendía terminar con una forma de hacer política y diseñar un nuevo modelo de "república posible" basada en la participación de los partidos que habían conformado la oposición al gobierno. Sin embargo, aunque se sostuviera la democracia en un sentido formal, los sucesivos gobiernos adolecerían de una ilegitimidad esencial que llevaría a los marginados del sistema a la utilización de canales extraparlamentarios y a la creación de nuevas redes por donde exteriorizar la protesta. Así, comenzaron a definirse prácticas sociales de acción directa al estar vedada para el partido mayoritario la mediación política.

Una situación de casi pleno empleo creó, a su vez, condiciones más favorables para el éxito de las reivindicaciones. A ello se sumaron, como factores de movilización, la frustración política en amplios sectores y la influencia de los diferentes movimientos de liberación nacional que surgían en el mundo en el contexto de la Guerra Fría. En este sentido, puede marcarse como

rasgo dominante de todo el período la permanente recurrencia a la acción colectiva y a la exteriorización de la protesta. que adquirió diferentes formas y contenidos según los momentos históricos específicos. Esas diferencias tienen que ver con los *marcos culturales* que en cada momento encuadraron las acciones, es decir, con las representaciones simbólicas y las interpretaciones colectivas acerca de los acontecimientos que condicionaron los modos de acción y llevaron a la utilización de distintos repertorios de confrontación, según los actores sociales involucrados y las oportunidades políticas abiertas para la exteriorización de la protesta.

Se pueden discriminar tres etapas dentro de este período en las que se observa una base común: la de la inestabilidad política y su imposibilidad de legitimar un modelo económico y social alternativo al del peronismo.

- 1) Desde 1956 a 1969 predominaron la resistencia y la protesta obreras que, sin embargo, fueron tomando diferentes formas y contenidos al mismo tiempo que se iban conformando nuevos actores provenientes fundamentalmente de los sectores juveniles.
- 2) Entre 1969 y fines de 1970 se produjo un momento explosivo. En ese corto lapso emergió lo acumulado en los años previos, estallando la rebelión popular y conformándose movimientos sociales de oposición al régimen que ensayaron nuevos repertorios de confrontación.
- 3) En el período que va de 1971 a 1973 se produjo el pasaje a la acción política, que adoptó diferentes formas y vías de expresión según los actores involucrados y las alternativas políticas que cada uno sostenía.

Sin embargo; es necesario destacar que en este capítulo no serán tratados todos los momentos con la misma profundidad, ya que el propósito principal es explicar el pasaje a la movilización y acción colectiva que tuvo lugar a fines de los '60 y comienzos de los '70, que adquirió la forma de rebeliones populares, movimientos contestatarios o movimientos políticos para la toma del poder, alternativas todas que se fueron conformando en el período anterior; de ahí la necesidad de reconstruir la génesis de lo que luego saldría abiertamente a la superficie.

El hilo que subyace este período es la mudanza de una cultura política de resistencia a otra de confrontación, donde se ensayaron diferentes alternativas caracterizadas por su intención de excluir/eliminar al adversario, en algunos casos simbólicamente y en otros hasta físicamente.

DE LA RESISTENCIA A LAS REBELIONES POPULARES

La "pura resistencia": los "gorilas", los "caños", la revolución...

El gobierno militar que se instaló en 1955 quebrantó momentáneamente la estructura legal dentro de la cual habían venido funcionando las organizaciones sindicales, a la vez que intentó aniquilar todo vestigio de la ideología peronista tal como se puso de manifiesto con el decreto 3.855 de 1956, que disolvía el partido, inhabilitaba para ocupar cargos públicos a todos los dirigentes políticos y gremiales que los hubieran ejercido durante los gobiernos peronistas y prohibía el uso de todos los símbolos peronistas, incluidas las canciones, distintivos y consignas hasta el extremo de no nombrar a Perón o a Eva Perón de manera pública o privada.

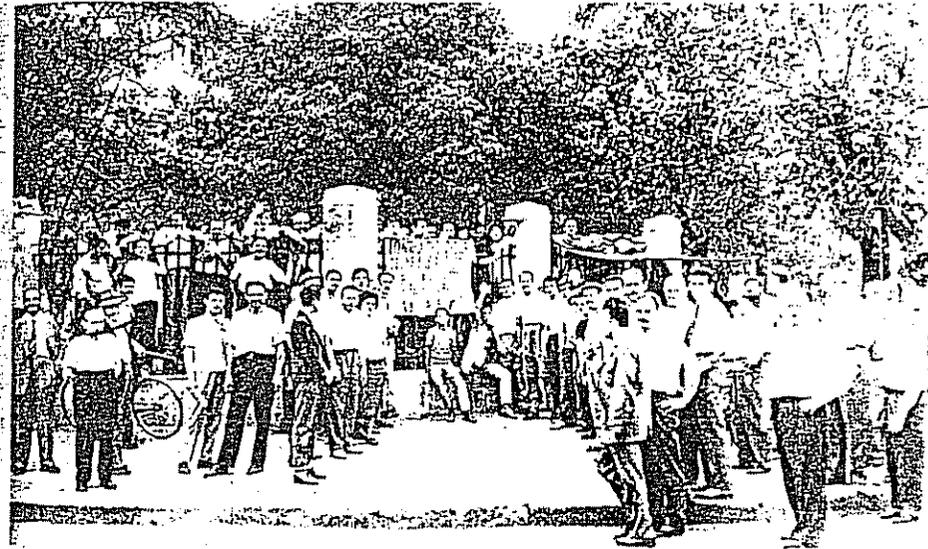
Pero, contrariamente al efecto buscado, esto produjo un refuerzo de la identidad peronista alimentado por discursos y tácticas violentos que llamaban a resistir hasta que se hiciese efectivo el esperado y seguro retorno de Perón desde el exilio. Comenzó así un período de reconstitución de la identidad popular peronista en circunstancias muy diferentes de aquellas en las que se había consolidado, donde se puso en juego un intenso trabajo de representación, autorreconocimiento, clasificación y distinción frente a los valores que se intentaba imponer desde los sectores dominantes. En efecto, la idea del retorno sirvió como elemento aglutinante para la resistencia popular ya que, a partir de ella, se conformó el mito del "avión negro", que era sostenido tanto por los partidarios como por los temerosos enemigos.

El imaginario del retorno servía, entonces, para justificar por parte del gobierno medidas extremadamente represivas

como el fusilamiento del general Valle y de otros seguidores el 9 de junio de 1956, acusados de preparar un golpe con el objetivo de traer a Perón de nuevo al poder. Al mismo tiempo, este imaginario sirvió para alentar diferentes prácticas violentas. Al comienzo, ellas estaban desorganizadas y eran llevadas a cabo por partidarios y bases políticas que se dieron una débil organización de comandos, generalmente barriales y sin mucha coordinación. Algunos trabajadores comenzaron también a participar de esas prácticas, a la vez que intentaban reestructurarse internamente y ganar a través de nuevos dirigentes los diferentes sindicatos.

De la resistencia individual o más espontánea que predominó en la primera mitad de 1956 se pasó a otros repertorios de confrontación como el de la preparación y colocación de bombas, los famosos "caños", que requerían mayor organización. Esta práctica se encuadraba dentro de un marco cultural típico de la resistencia que recomendaba la aniquilación del otro, del enemigo, pero de una manera solapada, encubierta.

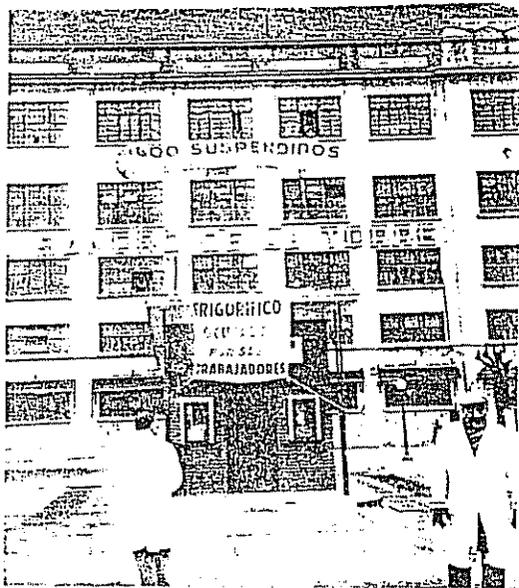
Arturo Frondizi llegó al poder en 1958 con el apoyo del voto peronista tras haber "pactado" con Perón el levantamiento de la proscripción y el restablecimiento de la legislación laboral que había sido dejada sin efecto durante el gobierno de la Revolución Libertadora. La etapa que se inició con Frondizi fue entonces de gran expectativa. Pero, luego del apoyo inicial al cumplir éste su promesa de restablecer la legislación laboral peronista, comenzaron a vislumbrarse signos negativos que llevaron a desvanecer el optimismo de



Frigorífico Lisandro de la Torre ocupado por sus obreros. 19-1-1959.

los trabajadores y a restablecer algunas prácticas de la etapa anterior, aunque ahora organizadas con mayor participación obrera al haberse reconstituido los sindicatos.

Un ejemplo importante de la acción obrera/sindical en esta etapa fue la huelga y ocupación del Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre en enero de 1959. La operación militar de desalojo por dos mil soldados y cuatro tanques dio un saldo de 95 obreros detenidos, varios heridos y cinco mil cesantes. En el barrio de Mataderos la lucha se prolongó por varios días. Ante la continuación del conflicto los sindicatos y organizaciones gremiales peronistas como las 62 Organizaciones, que habían decretado un paro nacional, comenzaron a argumentar que se estaban creando las condiciones para un nuevo golpe y decidieron levantar el paro. Durante todo el gobierno de Frondizi se percibía esta tensión entre una combatividad obrera dirigida contra las medidas económicas y sociales del gobierno y el deseo de parte de las organizaciones sindicales de mantener las posiciones logradas. Al fin el sector mayoritario dentro del sindicalismo no estaba dispuesto a dejar de ser un



Fachada del frigorífico Lisandro de la Torre el día de su ocupación por los obreros, enero de 1959.

importante grupo de presión dentro del sistema establecido, un "factor de poder" con miras a recobrar el poder político cuando fuera oportuno.

Con relación a los marcos culturales que se conformaron en el período, puede considerarse que hacia fines de los '50 comenzaron a manifestarse los primeros indicios de una cultura contestataria que, nutrida de diferentes vertientes e imaginarios comunes, apostaba a la acción directa y adoptaba diversas formas según los actores y momentos específicos, hasta llegar luego en algunos sectores juveniles a posiciones insurreccionales. Una serie de factores se conjugaron para ello: la proscripción del peronismo, el exilio de Perón y la consiguiente inestabilidad del sistema político, la insatisfacción de los sectores intelectuales que habían apoyado la propuesta de Frondizi y luego se sintieron desilusionados. Hay que destacar también las influencias de los movimientos de liberación desarrollados en diferentes lugares del mundo, que tornaban posibles las salidas revolucionarias; la difusión del existencialismo, que encontró también amplia recepción con su "moral de las manos sucias", y del compromiso en la acción, factores todos que llevaron a una reconsideración del peronismo y sus potencialidades.

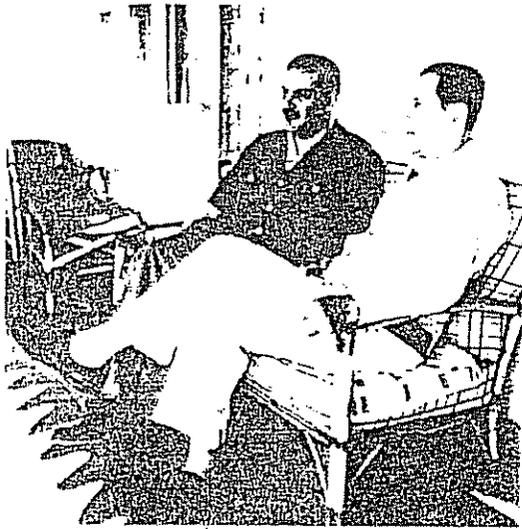
A pesar de las profundas divisiones, la coyuntura nacional e internacional permitió a su vez afirmar con fuerza imaginarios comunes entre distintos sectores —tanto peronistas como no peronistas— que crearon los marcos para la acción. Un lugar común fue la aceptación de la necesidad del cambio de estructuras: se necesitaba modificar la estructura política, la frágil "democracia burguesa" que mantenía marginada a la fuerza política mayoritaria, contribuyendo con ello a perder confianza en el sistema democrático-representativo. También se puso énfasis sobre la necesidad de cambiar la estructura económica y social imponiendo un sistema donde los sectores populares participaran efectivamente en el gobierno. Esto encajaba directamente con otro imaginario común en la época, tanto de la izquierda como del nacionalismo de derecha, el de luchar contra el imperialismo personificado en los monopolios y en las grandes empresas extranjeras radicadas en el país, en especial a partir de 1955.

De este modo, afirmando un fuerte componente del peronis-

mo pero no exclusivo de él, en la década del 60 se afianzó el nacionalismo aunque con diferentes signos y objetivos según los sectores que lo sostuvieran, relacionado también con la idea de la "liberación nacional". En efecto, en el discurso de distintos sectores se hacía referencia a ella, por lo general, con un doble sentido. Por un lado era la lucha contra el imperialismo, por una nación independiente encuadrada dentro de los países del Tercer Mundo, por una efectiva soberanía en sus relaciones con los demás países. Al mismo tiempo, implicaba la necesidad de afirmar el respeto y el bienestar de los sectores populares frente a los privilegiados, "los invasores y ocupantes internos".

En el discurso peronista de la resistencia aparecen fuertes componentes de un lenguaje militarista que aludía permanentemente a la situación del país como la de un "territorio ocupado" y a los distintos gobiernos como representantes del "ejército de ocupación". Entonces, la lucha contra esos gobiernos aparecía legitimada porque se estaba luchando por la patria y por liberarla de los invasores. De ahí el paso a la justificación de cualquier método de acción, incluida la vía armada, aparecía entre algunos sectores como un corolario lógico. Sin embargo, si bien la situación creada hacia fines de los '50 y comienzos de los '60 fue dibujando los primeros esbozos de esas alternativas, éstas —alentadas también como un efecto rebote de la Revolución Cubana— ocupaban todavía un lugar muy marginal.

Las divisiones planteadas dentro del peronismo se pusieron tempranamente en evidencia entre quienes querían mantener una línea de intransigencia y profundizar los contenidos revolucionarios y los que, una vez abierto el juego político con las elecciones de 1958, intentaron posicionarse dentro del sistema. Entre los primeros se destaca la línea de los "duros", que reconocían el liderazgo de quien fue el primer delegado de Perón, John William Cooke. Después que Perón privilegió la táctica de apoyar a Frondizi, la importancia del sector más intransigente dentro del movimiento comenzó a declinar y con él también la figura de Cooke, a pesar de sus intentos por volver a recuperar protagonismo en la toma del frigorífico Lisandro de la Torre tratando de darle a ésta el carácter de huelga general insurreccional.



Juan Domingo Perón con John W. Cooke en la República Dominicana

Una vez fracasadas y endurecidas las relaciones con el gobierno. Cooke alentó y participó en el primer intento de acción alternativa, el de la guerrilla rural peronista dirigida por el comandante Uturuncu en Tucumán, entre septiembre de 1959 y enero de 1960. A mediados de ese año se había descubierto también otra célula guerrillera en la zona boscosa del límite con Catamarca, con un saldo de seis detenidos del autotitulado "Ejército de Liberación Nacional", que pa-

recía tener conexiones importantes con Cuba. Estas agrupaciones, aunque minúsculas todavía, harían apariciones esporádicas en este período, marcando la temprana utilización de la táctica de la lucha armada para canalizar la insatisfacción de algunos sectores que, posteriormente, tomaría otras dimensiones.

La experiencia de la Revolución Cubana impactó también de lleno en el seno de la intelectualidad y de la izquierda no peronista. En ese sentido, el nacionalismo comenzó también a constituir un componente muy fuerte de la "nueva izquierda", caracterizada por el alejamiento progresivo del marxismo ortodoxo como consecuencia de los profundos debates ideológicos generados por el enfrentamiento ruso-chino. Así, en líneas generales, las distintas agrupaciones de izquierda fueron definiéndose en torno a dos grandes ejes o líneas: la del Partido Comunista, que continuaba fiel a la Unión Soviética y había optado por la "vía pacífica al comunismo", y la otra, que veía con simpatía los modelos cubano y chino y escogía la vía de la revolución como medio para llegar al poder.

Esa revolución —que según el modelo cubano— debía ser

continental y socialista sólo podía llevarse a cabo a través de la lucha armada, tema que se convirtió en el punto medular del enfrentamiento de Cuba con las organizaciones comunistas latinoamericanas y también con la Unión Soviética. A su vez, la alianza entre los intelectuales y los sectores campesinos era el supuesto básico de la teoría del "foco", táctica que intentó Ernesto "Che" Guevara en Bolivia, por considerar que era el campesinado rural y no la clase obrera urbana el sector de la sociedad con mayor potencial revolucionario. Estos planteos, que atacaban frontalmente la ortodoxia marxista, intentaron tener en la Argentina una aplicación práctica cuando, con intervención del servicio de inteligencia cubana, se organizó en 1962 el foco de Salta dirigido por Ricardo Massetti, que pronto fue descubierto y desarmado. Fue así que luego de 1959 comenzaron a proliferar infinidad de agrupaciones constituidas fundamentalmente por jóvenes que trataban de fijar posiciones coherentes con los cambios que a nivel mundial y nacional se estaban operando.

En 1963 una nueva etapa se abrió en el país. Los militares.



Incendio de ómnibus en Pavón y Matheu, 1963.

después de derrocar a Frondizi en 1962 e instalar el gobierno interino de Guido, habían acordado la salida electoral aunque manteniendo la proscripción del partido peronista para las elecciones presidenciales y de gobernadores, lo que hizo posible el triunfo de la fórmula compuesta por Arturo Illia-Carlos Perette de la Unión Cívica Radical del Pueblo y con ello también se modificaría la estructura de las oportunidades políticas para la manifestación de la protesta.

El movimiento obrero como factor de poder

En efecto, la legitimidad de un gobierno que no representaba la voluntad mayoritaria, pues los votos en blanco en la elección presidencial de 1963 superaron las cifras alcanzadas por el partido triunfante, aparecía claramente cuestionada y creaba la necesidad por parte del gobierno de atraer al movimiento obrero con el fin de hacer posibles la recuperación y la estabilidad económica tras la crisis desatada el año anterior. Esto implicaba aceptar la apertura de ciertos canales por donde se pudieran expresar las reivindicaciones de un movimiento obrero que ya había recuperado su estructura sindical y los mecanismos de negociación colectiva. Pero, a su vez, la misma debilidad del gobierno y la cuestión pendiente de la proscripción del peronismo llevaron al movimiento obrero a buscar y encontrar fácilmente aliados influyentes para hacer efectivas sus demandas. Esa situación lo convirtió en un verdadero factor de poder, en protagonista principal y en la "columna vertebral" del movimiento peronista, eclipsando al ala política.

En esta etapa se superó el espontaneísmo que lo había caracterizado y el movimiento obrero organizado se convirtió en el actor principal que, si bien alentó la movilización, también recurrió a medidas de fuerza estrictamente planificadas tendientes a reforzar la disciplina sindical y la verticalidad y a frenar los movimientos de base. En líneas generales puede decirse que realizó una intensa actividad para instalar sus demandas en la esfera pública y para ocupar un espacio fundamental en el escenario político.

El repertorio de acciones utilizadas fue paradigmático de la forma que adoptó la acción colectiva: los planes de lucha de

la CGT, que incluyeron marchas al Congreso, movilizaciones en caravanas, ocupaciones de fábricas, cabildos abiertos, ridiculización del oponente, actos conmemorativos, entre otras medidas. Estos planes fueron llevados a cabo entre mayo de 1963 y el fin de 1964 (véase el capítulo III).

Otra variante de protesta, que, en realidad, aparecía como una forma política de resistencia encubierta o como un lenguaje escondido, fue la lucha por el control de la memoria tratando de ofrecer una visión alternativa del pasado. Ésta adoptaba la forma de rituales de recordación de las fechas más importantes del peronismo: por ejemplo, el 17 de octubre o "Día de la Lealtad", cuya celebración pública había sido sistemáticamente prohibida desde 1955, o la del nacimiento o la muerte de Evita. Recién en 1963, a pocos días de asumido el gobierno de Illia, se permitió celebrarlas con actos públicos que incluyeron —en el caso del 17 de octubre— caravanas de motocicletas en distintos barrios, lanzamientos de bombas de estruendo y conmemoraciones en distintas plazas y puntos del país. En 1964 los actos presentaron similares características, con un lenguaje moderado que planteaba levantar las banderas de la "pacificación social", de la "unidad nacional" y de la "felicidad para todo el pueblo", que traería la redención argentina: el regreso del general Perón. Esto se relaciona con el intenso trabajo de representación desarrollado en el período para reafirmar la ortodoxia peronista, en el sentido de reafirmar los valores fundacionales del peronismo, frente a la heterodoxia que aparecía representada tanto en las diferentes vertientes de izquierda que estaban surgiendo como en los que querían romper con la verticalidad característica del movimiento. En ese sentido y como un contradiscurso de clase, se reforzaron los imaginarios criollistas que trataban de ligar las luchas llevadas a cabo por los obreros y sectores populares con las de los gauchos y montoneros en el pasado.

El año 1965 terminó con el cierre relativo de los canales de comunicación con el gobierno de Illia y, con ello, se fue creando el marco para alentar diversas alternativas: por un lado, la incorporación autónoma del movimiento obrero dentro del sistema político, ya fuera como un partido o una representación corporativa; por otro, una salida revolucionaria de izquierda —minoritaria todavía— y, finalmente, una salida autoritaria,

apoyada por los principales dirigentes sindicales que de alguna manera acordaron mantener los mecanismos para la presión corporativa, principal fuente de su poder, que se concretó el 28 de junio de 1966 cuando el general Onganía destituyó al presidente Illia.

Los sectores juveniles asumen compromisos

Otro actor que cobró fuerza fue el sector estudiantil, que supo aprovechar también el cambio operado en la estructura de las oportunidades políticas para expresar su protesta, asumiendo fundamentalmente una actitud de compromiso y solidaridad con los problemas que se vivían en el país y en el mundo. Esto fue posible porque con el gobierno de Illia funcionaron normalmente los canales para la participación en la actividad universitaria. En ese período se pusieron en práctica los presupuestos de la Reforma Universitaria, funcionando el gobierno tripartito, la provisión de cargos por concurso, la libertad de cátedra y la autonomía universitaria, al igual que los centros de estudiantes. En ese contexto, la principal reivindicación específica se concentró en un aumento del presupuesto universitario que en algunos momentos culminó en la toma de facultades en las principales universidades nacionales.

Pero la preocupación principal de los estudiantes comenzó a vincularse con la inscripción de su lucha dentro de otra más general que estaba librando sobre todo el movimiento obrero, donde comenzó a percibirse que, a pesar de la legalidad formal mantenida por el gobierno, éste carecía de representatividad y que por lo tanto era necesario apoyar las luchas populares, acompañando y orientando su dirección. Fue así como secundaron los planes de lucha de la CGT haciendo suyos muchos de sus puntos principales y, aunque no fue coordinado con los dirigentes sindicales, durante la etapa de la ocupación de fábricas también los estudiantes procedieron a la toma de las facultades como una muestra de solidaridad. En el mismo sentido tuvieron una intensa participación en los "cabildos abiertos" de 1964. En octubre de ese año se registró una serie de conflictos en distintas universidades, que culminaron con ocupaciones en La Plata, Posadas, Buenos Aires, Rosario y Córdoba.

Como puede apreciarse, la adhesión estudiantil a los obreros empezó a manifestarse con anterioridad al golpe de 1966. En Córdoba, por ejemplo, los estudiantes apoyaron casi todas las medidas de fuerza de uno de sus principales sindicatos, el SMATA. Éste nucleaba a los trabajadores de la industria automotriz, principal actividad económica de la ciudad, y así, los distintos centros de estudiantes salieron a la calle para demostrar su solidaridad participando en las marchas y movilizaciones que el SMATA realizó en el mes de mayo de 1966, ante la amenaza de ver reducidas sus jornadas de trabajo. Más tarde será el movimiento estudiantil uno de los primeros en reaccionar frente al gobierno de Onganía y en esa actitud tuvo tanto que ver el ataque perpetrado contra la autonomía universitaria como la experiencia previa de movilización y participación adquirida durante los años del gobierno de Illia.

Otra forma de acción era la desplegada por grupos minoritarios todavía, que, recogiendo la experiencia de la resistencia, intentaron fortalecer la alternativa insurreccional. En esta línea se inscribieron tanto vertientes que provenían del peronismo como otras que se fueron desprendiendo de los partidos de izquierda, conformando las distintas variantes de la conocida como "nueva izquierda". A comienzos de 1964 se detuvo a una célula definida como castrista en Orán (Salta) que, según se dijo, habría estado recibiendo entrenamiento militar. De los siete detenidos, tres residían en Córdoba y trabajaban en el comedor de la Federación Universitaria; luego se procedió a detener también a otro grupo con similares características en Icho Cruz, provincia de Córdoba. Estos hechos anticipan el papel fundamental que cumpliría esta ciudad hacia el final de la década, por confluir en ella un importante movimiento obrero, autónomo y combativo, un movimiento estudiantil comprometido en las luchas populares y sectores políticos cada vez más radicalizados.

Las cúpulas sindicales pierden poder: ¿cómo enfrentar a la dictadura?

Frente a la nueva coyuntura autoritaria creada por el golpe militar de junio 1966, ¿cómo se canalizó la acción colectiva?

Como reacción a las medidas del gobierno que trataban de limitar la autonomía de las universidades nacionales, las primeras reacciones provinieron del ámbito universitario y fueron protagonizadas por los estudiantes y algunos docentes que se manifestaron en contra de esas decisiones, llevando a cabo diferentes manifestaciones de repudio que tuvieron como resultado la intervención de casi todas las universidades. Una acción de mucha importancia por la dimensión trágica que adquirió y que aparece como un ejemplo de otras tantas que tuvieron lugar en otros puntos del país fue la que se registró en Córdoba en la segunda semana de septiembre y que la memoria popular computa como la primera víctima de la dictadura. Las principales agrupaciones estudiantiles habían decretado un paro para el 22 de agosto y estudiantes de la Agrupación Universitaria Integralista iniciaron una huelga de hambre en la puerta de la iglesia Cristo Obrero. Los disturbios continuaron con la toma del barrio Clínicas en la primera semana de septiembre, donde la participación no quedó limitada a los estudiantes sino que se amplió a los vecinos que contribuyeron a levantar barricadas. El 7 de septiembre, el estudiante de segundo año de Ingeniería y subdelegado en un departamento de la planta automotriz de IKA, Santiago Pampillón, fue herido de bala en el cráneo cuando participaba en una manifestación callejera, falleciendo cinco días más tarde. El hecho provocó gran conmoción por reunirse además en Pampillón la doble condición de estudiante-trabajador, por lo que la CGT Córdoba resolvió repudiar la agresión policial contra el estudiantado, disponiendo la realización de un paro general de una hora por turno y de un acto frente a la CGT para reclamar el cese de la violencia represiva y reafirmar el principio de una universidad abierta al pueblo. Luego de haber vivido la experiencia participativa que tuvo lugar durante el gobierno de Illia, el autoritarismo de Onganía impactó profundamente en los sectores estudiantiles que lo vivieron como un cercenamiento a las prácticas anteriores.

Fue así, y sobre todo luego de la conformación de la CGT de los Argentinos y el impacto del mayo francés durante 1968, que en las agrupaciones universitarias se abrió también un debate interno profundo en torno a la alternativa de reforma o revolución. A partir de la lucha por la recuperación de los cen-

Un sindicalismo de oposición

"La CGT de los Argentinos, la rebelde, la que carece de todos los recursos, exhorta también a todos los trabajadores de la Patria a no consentir más a los profesionales de la mentira y la intimidación. Hay una sola CGT histórica, es la de los trabajadores, la del pueblo, la de todos los argentinos. Es la CGT de los idealistas, la de los que quieren el triunfo de los valores verdaderamente humanos (...) Porque los otros, que se titulan sindicalistas y tienen autos de lujo, no pueden entender a las madres de Tucumán; los coleccionistas de cuadros y de perros no saben lo que es estar desocupado y cuyo único cuadro es la desesperación (...)"

Fuente: "CGT con la Patria y el Pueblo Argentino", en *Informe DIL* N° 98, abril de 1968, p. 25.

tros de estudiantes, iniciada luego de 1966, comenzó a perfilarse la necesidad de un cambio del sistema y de la unidad con el resto de los sectores populares. Además, empezaron a proliferar agrupaciones estudiantiles que aparecían como núcleos de organizaciones políticas que trabajaban también en otros ámbitos, pues para entonces la lucha sólo circunscripta al ámbito universitario había comenzado a perder sentido. La tendencia general apuntó a no luchar sólo por el cogobierno sino directamente por la revolución, a la que se llegaría por diferentes vías pero que era vista como meta de casi todas las agrupaciones.

Es importante destacar que la CGT de los Argentinos comenzó a promover nuevas formas de protesta y de resolución de los conflictos que, en contraposición a la férrea disciplina y verticalidad que había caracterizado la representación del orden sostenida por las anteriores autoridades sindicales, apuntaban a la descentralización para jerarquizar el papel de las regionales y permitir una real participación y expresión de las bases. Esta situación llevó a que, incluso, varias seccionales se pronunciaran en contra de las decisiones adoptadas por sus dirigencias nacionales, como fue el caso en Córdoba del Sindicato de Luz y Fuerza, dirigido por Agustín Tosco y uno de los

principales bastiones de la CGT de los Argentinos. Además, esta central reforzó la vinculación con los estudiantes a través de la realización conjunta de una serie de actividades, tales como conferencias, mesas redondas y peñas.

El discurso de la CGT de los Argentinos alentó también la acción del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Este movimiento tuvo su punto de partida en el "*Mensaje de los 18 obispos para el Tercer Mundo*", que, con la dirección del obispo brasileño Helder Cámara, fue lanzado el 15 de agosto de 1967. En nuestro país 270 sacerdotes que adhirieron al mensaje realizaron su primer encuentro en Córdoba los días 1º y 2 de mayo de 1968. Este suceso marca el nacimiento formal del tercermundismo en el país. El compromiso de estos grupos cristianos frente a la sociedad los llevaba a luchar contra todo lo que oprimiera al hombre: de ahí que reaccionaran frente a las políticas autoritarias, y en su discurso comenzó a reforzarse la idea de la liberación nacional, entendida como

una lucha contra el capitalismo y los imperialismos

En Tucumán algunos sacerdotes habían apoyado las marchas de hambre y ollas populares que se organizaron como consecuencia de los cierres y reestructuraciones de ingenios. La mayoría de ellos se sumó inmediatamente al movimiento (véase el capítulo IV). Córdoba se convirtió en uno de los principales centros urbanos donde los "sacerdotes del Tercer Mundo" comenzaron a desarrollar una intensa actividad en los barrios obreros y marginales. Esta acción no se limitaba a la mera prédica pastoral sino que buscaba un contacto más estrecho con los sectores desposeídos a través de la participación en acti-



Agustín Tosco

vidades comunes. De esta manera, se fueron creando lazos muy fuertes de solidaridad y compromiso y se robustecía la idea de la necesidad de participación colectiva.

Esto último nos acerca a otro de los fenómenos que el autoritarismo de la Revolución Argentina y el ejemplo de otros países latinoamericanos terminaron de dar forma: la conformación del brazo armado en apoyo a la acción política en algunas agrupaciones de izquierda. Se ha mostrado que algunas células guerrilleras comenzaron a organizarse tempranamente. Sin embargo, sería recién a partir de 1967, cuando el gobierno de Onganía definió claramente su política y la acción armada empezó a tomar cuerpo entre algunos sectores como la única estrategia posible. Esta prédica, sumada al sindicalismo combativo liderado por Ongaro, llevó a los sectores del peronismo que habían apoyado la línea de Cooke a organizar su propio brazo armado, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que en septiembre de 1968 realizaron sus primeras acciones en la localidad tucumana de Taco Ralo. Este intento fue rápidamente desarticulado por las fuerzas de seguridad que detuvieron a varios de sus integrantes y desarmaron el "destacamento guerrillero 17 de octubre".

Dentro de las agrupaciones de izquierda no peronistas, la acción del gobierno de Onganía precipitó también las definiciones. Así, por ejemplo, en 1967 un desprendimiento del Partido Comunista constituyó el PC-CNRR (Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria), luego Partido Comunista Revolucionario (PCR). También ese año se constituyó el Ejército de Liberación Nacional (ELN), cuyo objetivo era confluir con las fuerzas del "Che" Guevara en Bolivia. En 1968 el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) realizó su cuarto congreso que desembocó en la división y formación de dos corrientes: PRT "El Combatiente", conducido por Mario Roberto Santucho, que al año siguiente dio nacimiento al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), y PRT "La Verdad", conducido por Nahuel Moreno, que luego confluiría en el Partido Socialista de los Trabajadores. Para entonces también se organizaron las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), a partir de grupos de militantes del PCR, que fueron los que realizaron la primera acción de guerrilla urbana el 5 de abril de 1969 al atacar un vivac perteneciente al

Regimiento I de Infantería Motorizada de Patricios en Campo de Mayo.

Estos hechos demuestran que la elección de la vía revolucionaria para la toma del poder estaba ya consolidada entre algunos sectores. Era sin embargo necesario encontrar la oportunidad, desde este punto de vista crear las "condiciones objetivas", para poder concretar con éxito ese propósito. En este sentido puede decirse que el gobierno de Onganía actuó como el precipitador, como el momento en el que se dieron las condiciones para la construcción de una percepción de injusticia, que es necesaria para el pasaje a la acción. Pero eso solo no bastaba, hacía falta que la percepción individual o sectorial fuera encuadrada colectivamente. Las acciones y representaciones contra la dictadura, construidas por la CGT de los Argentinos y por los otros sectores, actuaron en ese sentido. Pero, a pesar del discurso más confrontacionista de estos sectores, el pasaje a la acción no se concretó mientras la mayoría del movimiento obrero creyó que podrían encontrarse canales para la negociación o para un cambio de actitud por parte del gobierno, que había prometido restablecer el mecanismo de la concertación para fines de 1968. Tendrían que aparecer detonantes que convirtieran la percepción de injusticia sectorial en injusticia colectiva para fortalecer una identidad común, otro de los componentes necesarios para la acción, un "nosotros" como totalidad, como "pueblo afectado", contra un "ellos", el "régimen opresor". Esto ocurriría a comienzos de 1969.

LAS NUEVAS FORMAS DE LA PROTESTA OBRERA Y LA REBELIÓN POPULAR

El año 1969 marcó el inicio de la descomposición del régimen de la Revolución Argentina. Diferentes circunstancias se conjugaron para transformar la protesta obrera en rebelión popular y poner en escena nuevos repertorios de confrontación que adquirieron ese año la modalidad de insurrecciones urbanas; de ellas se destacan dos fundamentales y paradigmáticas: el Cordobazo y el Rosariazo.

Desde comienzos de año los ánimos comenzaron a caldearse en el sector obrero. El prometido restablecimiento del meca-

nismo de las convenciones colectivas para diciembre de 1968 no se concretó, lo que motivó una serie de manifestaciones de protesta. En ese marco general de descontento obrero, comenzaron a registrarse diferentes expresiones de conflictos surgidos de anteriores medidas del gobierno. Así, por ejemplo, en marzo se llevó a cabo una marcha desde el ingenio Bella Vista hacia la ciudad de San Miguel de Tucumán, encabezada por su cura párroco, para solicitar que se pagaran los jornales adeudados a los trabajadores. Al no encontrarse soluciones, en el mes de abril continuaron las movilizaciones encabezadas también por sacerdotes y delegaciones obreras, ante la grave situación de diez ingenios cerrados y la provincia vigilada por tropas de infantería y de la Policía Federal. A esas manifestaciones se sumó también una huelga de hambre realizada por doce estudiantes universitarios en la parroquia San Pío X en la ciudad de San Miguel de Tucumán. También en localidades del norte de Santa Fe se organizaron "marchas de hambre" desde Villa Ocampo, Villa Guillermina y otras, teniendo como meta final la capital provincial, con el objetivo de entrevistarse con el gobernador para peticionar el mantenimiento de fuentes de trabajo, tales como los talleres de reparación del ferrocarril en Villa Ocampo.

La mística del Cordobazo

"(...) El Cordobazo se convirtió en una figura romántica que estaba presente en todos los hechos, determinó una mística muy fuerte (...) que después va a determinar el holocausto de sangre de los sectores estudiantiles que iban a la muerte, también a matar, es cierto. Comienza a ser la idea romántica de la conciencia de la clase. En la conciencia individual de todos los que estábamos viviendo ese proceso, se viene a presentar: acá está lo que quiere la gente (...) Yo creo que el Cordobazo acelera eso, le pone plazos perentorios, ya no se podía demorar nada más y se aventuran, se sale a cosas increíbles, a acciones en que se arriesgaba todo, no sólo a nivel personal, sino que se arriesgaba todo como organización, y ahí podía desaparecer el grupo... hay una urgencia, una precipitación (...)"

Fuente: Testimonio de Luis, dirigente estudiantil en esa época.

El descontento popular fue creciendo y conformando algunos puntos neurálgicos en el interior del país. Tal fue el caso de Córdoba, que pasó a convertirse en el eje de la actividad de distintos sectores sociales. Desde el punto de vista político-sindical las tendencias más combativas habían encontrado allí un centro importante de apoyo. Esto se debió a las características de los sindicatos líderes de Córdoba que, desde fines de la década del 50 y como consecuencia de la radicación de Fiat e IKA, primeras fábricas automotrices instaladas en el país, fueron construyendo una particular tradición sindical. Ésta se caracterizó por su autonomía frente a las cúpulas sindicales nacionales, por su permanente recurrencia a las medidas de acción directa y por una fuerte conciencia sindical. Así, aunque el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) de Córdoba integraba una estructura sindical centralizada, de hecho disfrutaba de mucha independencia debido en gran parte al carácter descentralizado de los convenios colectivos en la industria automotriz. Ese procedimiento les permitía a las compañías automotrices multinacionales manejar un mercado inestable pero, al mismo tiempo, tornaba a los sindicatos del sector más dependientes del apoyo de sus bases para demostrar su poder, a la vez que exigía que su dirigencia estuviese más comprometida con las exigencias de éstas. Otro de los sindicatos líderes del período, Luz y Fuerza, gozaba también de gran autonomía por formar parte de una estructura gremial federativa que le permitía ejercer un control prácticamente completo sobre su presupuesto, así como sobre los convenios colectivos y servicios sociales. Además, la presencia singular durante esos años de su secretario general —Agustín Tosco—, dirigente de gran prestigio y profundas convicciones democráticas, fortaleció la práctica de una democracia sindical participativa y el establecimiento de una conducción sumamente sensible a las demandas de las bases.

Otras manifestaciones sociales y políticas también encontraron su lugar de expresión en Córdoba. El 11 y el 12 de enero los sectores militantes del movimiento sindical peronista y el ala política del peronismo revolucionario se reunieron en la localidad cordobesa de Unquillo para planear la siguiente etapa de lucha. A mediados de marzo, en los barrios populares de Bella Vista y Comercial se realizaron una serie de asambleas en los

centros parroquiales para protestar por el cierre de 130 centros de alfabetización de adultos que beneficiaban a 6.900 alumnos y se decidió continuar dictando clases en esos centros, al igual que en los que funcionaban en las cárceles. Influenciada por la situación imperante, la Delegación Regional de la CGT emitió un documento, la llamada "Declaración de Córdoba", que exhortaba a la formación de un frente civil de oposición al régimen.

Ese mismo mes, el nuevo gobernador de Córdoba, Carlos Caballero, presentó un proyecto que pretendía crear un esquema corporativo, el Consejo Asesor Económico. A esto se sumó el aumento de los impuestos municipales y a la propiedad, que agravó el malestar de la clase media, profundamente afectada por la falta de libertades democráticas. Esas circunstancias fueron acrecentando la sensación de injusticia a la que se agregó el descontento existente entre los obreros y los estudiantes, que encontraron detonantes para la expresión del conflicto a comienzos de mayo. El 6 de ese mes, la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) convocó a un paro de 24 horas para protestar contra el irresuelto problema de las "quitas zonales", sistema por el cual los trabajadores de Córdoba cobraban menos que sus pares de Buenos Aires. El día 12, el gobierno nacional abolió el "sábado inglés", establecido por una ley provincial de 1932 que otorgaba a los trabajadores de Córdoba el pago de una jornada completa los días sábados, en vez de la jornada real que era de cuatro horas. Esto llevó a una multitudinaria asamblea del SMATA que fue disuelta por la policía con el consiguiente enfrentamiento violento; esos actos fueron un ensayo general del Cordobazo, ya que ese día los trabajadores mecánicos consiguieron controlar el centro de la ciudad durante varias horas.

Las movilizaciones obreras coincidieron con la agitación de los estudiantes en todo el país, especialmente en las provincias. El 15 de mayo, en el marco de acciones de protesta por el cierre del comedor estudiantil, fue asesinado en Corrientes el estudiante de Medicina Juan José Cabral; luego, con las muertes de Adolfo Bello y Luis Norberto Blanco en Rosario, cuando participaban en la manifestación de repudio por lo sucedido en Corrientes, comenzó lo que algunos llamaron la "semana rabiosa". A partir de ese momento los hechos se precipitaron uno tras otro: la marcha del silencio en Rosario y el paro general decretado por la Delegación Rosario para el 23 de mayo en

repudio por los actos de represión y muerte de los estudiantes, que produjeron varios enfrentamientos callejeros con la policía protagonizados especialmente por estudiantes. Este hecho fue denominado el "primer Rosaríazo". El 26 de mayo el barrio Clínicas de Córdoba, donde la mayoría de los residentes eran estudiantes, fue ocupado y, al día siguiente, Ongaro fue detenido al llegar en tren a Córdoba.

Mientras tanto las delegaciones del interior comenzaron a presionar a las dos centrales nacionales para que decretaran un paro nacional ante la grave situación que se estaba viviendo. Con tal motivo, el 26 de mayo tanto la CGT Azopardo como la de los Argentinos decidieron decretar un paro general en todo el país por 24 horas para el día viernes 30 de mayo. En Córdoba, los representantes de las dos CGT decidieron, en cambio, que fuera de 48 horas y adelantarlo al día 29 para remarcar la especial situación de descontento existente allí; además se decidió darle el carácter de "paro activo", es decir, hacer abandono de los lugares de trabajo a partir de las 10 para movilizarse al centro y expresar su protesta.

El Cordobazo: los acontecimientos

El abandono de las grandes plantas industriales, que comenzó a las diez de la mañana del 29 de mayo, fue masivo. Así, desde los cuatro puntos de la ciudad comenzaron a marchar hacia el centro los trabajadores de IKA-Renault, Transax, Thompson Ramco, ILASA, División Planta Matrices (Perdriel), Fiat y de las numerosas empresas metalúrgicas y de otro tipo dispersas por la ciudad. Lo mismo ocurrió con los trabajadores públicos y de las distintas dependencias de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (EPEC), donde el acatamiento a la medida fue total. Durante su paso, trabajadores de otras plantas, estudiantes y ciudadanos en general se sumaron a la marcha, hasta que la columna principal que venía desde la fábrica de IKA-Renault en Santa Isabel fue dispersada hacia los barrios adyacentes luego del primer enfrentamiento con la policía. Casi al llegar al centro en su marcha hacia el local de la CGT, la policía abrió fuego y mató al obrero de IKA-Renault Máximo Mena. Los trabajadores atacaron enton-

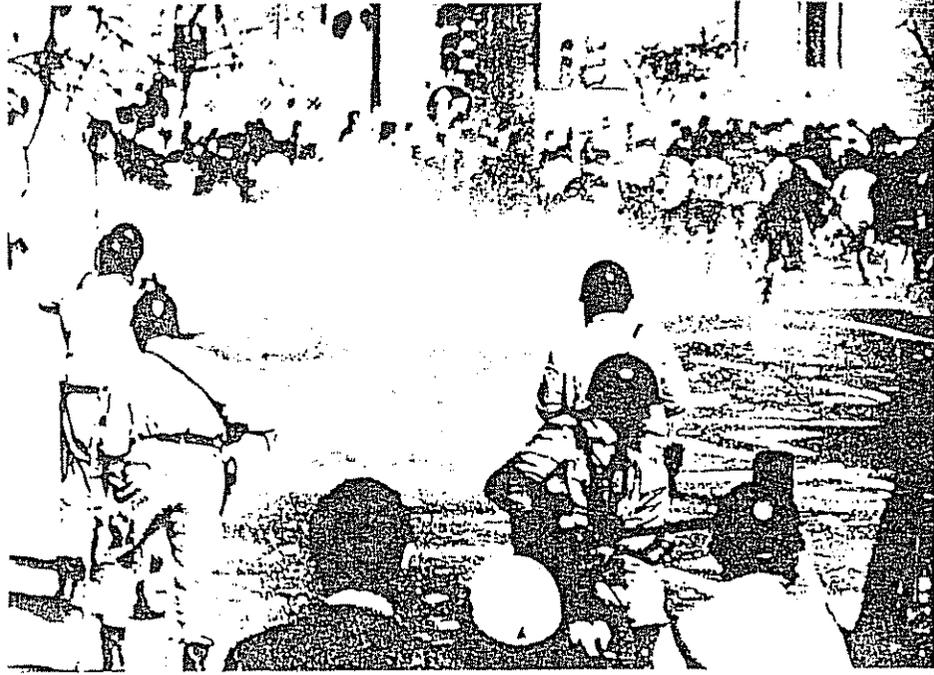
La lucha en las calles

"(.) Veíamos venir los caballos así que ¡¡a correr todo el mundo para arriba!! Pero en el grupo había un muchacho, no sé si era de Luz y Fuerza, entonces cuando toda la manifestación corre, este hombre se queda y enfrenta a la policía montada con un palo. Entonces eso hace que la gente se vuelva, que los incentive y por supuesto, con los elementos que tenían en la mano, a los pedradones a la policía. Este acto heroico de ese tipo fue el motor. Fue la primera vez que vi caballos de la policía de espalda, disparar por la Maipú abajo siempre los había visto de frente. El haber visto la retirada por primera vez dio fuerza y entonces la gente se reagrupa y seguimos (.) Vienen dos o tres patrulleros, se bajan con una confianza bárbara —se ve que no sabían cómo venía la mano—, pero ya estaba la guerra desatada, había que defender lugares y entonces ahí vi no a caballos sino a policías corriendo a buscar los patrulleros. Lo agarraron a uno y le rompieron la camisa y al casco lo traían como una bandera como símbolo. Se tomó la esquina y se la cerramos (.)"

Fuente: Testimonio de Omar, estudiante.

ces al cordón policial desbandándolo, transformándose la movilización en una revuelta urbana espontánea en la cual participó prácticamente la totalidad de la comunidad cordobesa.

La noticia del asesinato de Mena se difundió rápidamente, sumándose a la protesta vecinos de clase media, quienes compartían la indignación colectiva, no sólo por la reciente brutalidad policial sino también por los tres años de autoritarismo vividos. Para las dos de la tarde la policía había sido totalmente desbordada y había tenido que replegarse en su central. Los dirigentes sindicales intentaron establecer cierto grado de control pero, para entonces, la rebelión había escapado de sus manos respondiendo al flujo y reflujo de la contienda callejera, sin tener en cuenta ningún plan estratégico superior. Los considerados símbolos del imperialismo y del régimen sufrieron duros ataques, se incendiaron las oficinas de Xerox, una concesionaria de Citroën y muchos otros negocios; se quemaron autos y se saqueó el Club de Suboficiales, con el fin de destruir los elementos allí existentes. No se registraron ac-



Enfrentamiento entre obreros cordobeses y la policía. 1969

tos de pillaje. los manifestantes destruyeron pero no robaron.

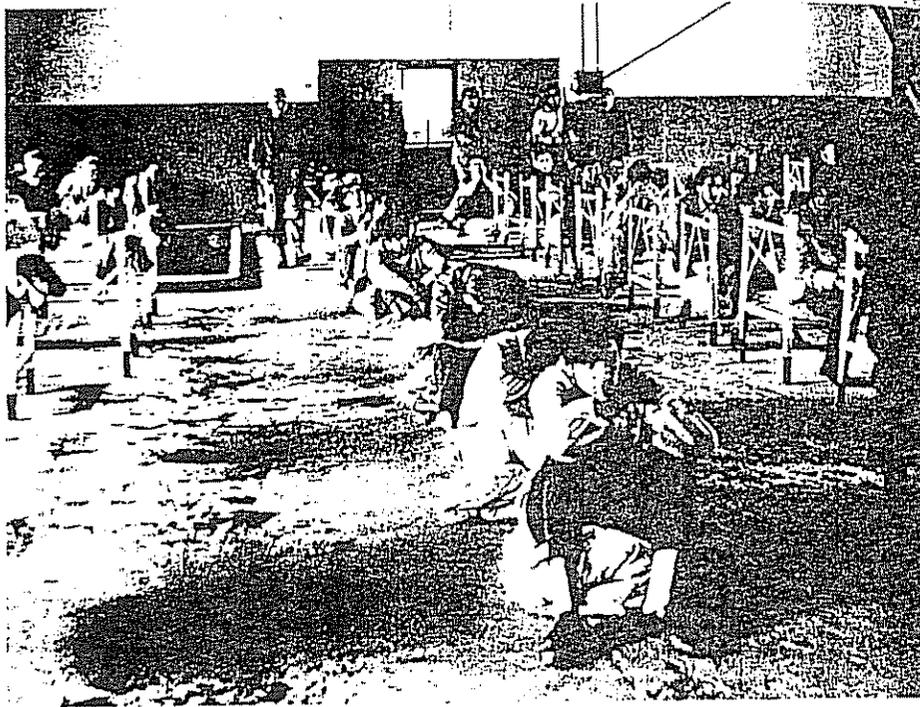
Al caer la tarde, la mayoría de los trabajadores se retiró hacia sus hogares, además varios dirigentes sindicales se mostraban recelosos de continuar participando en la protesta que ya no controlaban. Elpidio Torres, desde la sede de su sindicato, había perdido todo tipo de comunicación con Tosco y parecía que ahora el protagonismo había pasado a los estudiantes, trasladándose el principal foco de resistencia a los barrios estudiantiles, especialmente Alberdi y Clínicas. A la tarde intervino el Ejército, la aparición de algunos francotiradores en los techos agregó un tercer elemento al Cordobazo, el de haberse intentado una insurrección urbana por parte de algunos grupos más organizados con una finalidad más claramente política y, acaso, revolucionaria. La irrupción de esos grupos, no incluida en la planificación inicial de la protesta, es uno de los aspectos más controvertidos ya que el régimen atribuyó el Cordobazo a una conspiración minuciosamente organizada por la izquierda

revolucionaria, con el apoyo del comunismo internacional. En realidad, el componente insurreccional fue una faceta menor del Cordobazo si se lo compara con la protesta obrera y estudiantil o con la revuelta popular; sin embargo, no debe ser dejado totalmente a un lado porque habla de la existencia de un fenómeno que saldría claramente a la luz luego del Cordobazo.

En la madrugada del 30 de mayo, día del paro nacional convocado por la CGT, Córdoba era una ciudad tomada. Se oían disparos esporádicos y en el barrio Clínicas continuaba la resistencia. A pesar del toque de queda, ese día también se llevaron a cabo algunas marchas de protesta, se allanaron los principales sindicatos y fueron detenidos Torres, Tosco y otros dirigentes sindicales, imponiéndoseles penas de entre cuatro y diez años de prisión. Pasados los dos días de protesta el saldo de propiedades destruidas era considerable y la cifra oficial ascendía a doce muertos y noventa y tres heridos. El acontecimiento conmovió inmediatamente la esfera política nacional, el impopular gobernador Caballero tuvo que dejar el poder y la posición del régimen comenzó a ser seriamente cuestionada.



Marcha obrera y estudiantil durante el Cordobazo



Detenidos durante el Cordobazo en el Tercer Cuerpo de Ejército esperan para ser juzgados por el Consejo de Guerra, junio de 1969.

El pos-Cordobazo: la conformación de un movimiento social de oposición al régimen

El Cordobazo cristalizó el cuestionamiento al régimen ya iniciado por diversos sectores de la sociedad. Además, pondría de manifiesto una crisis de autoridad en el interior de las diferentes organizaciones de la sociedad civil que coincidió, también, con la aparición de la juventud en la esfera pública como un actor colectivo dispuesto a romper con el pasado y llevar a cabo lo que entendían como la reparación moral que el país necesitaba. Este proceso, que se había venido conformando durante toda la década del 60, encontró en la brecha abierta por el Cordobazo el escenario para una redefinición desde abajo creando el marco, a su vez, para que de la resistencia que había caracterizado a la etapa anterior se pasara a la acción colectiva.

Comenzó así a tomar cuerpo un *ciclo de protesta* que serviría de base para la construcción de un movimiento social. En efecto, luego del Cordobazo se habría operado un cambio en la estructura de las oportunidades políticas que tornó vulnerable al sistema político para la emergencia de un movimiento social. La conformación de este movimiento implicó la utilización tanto de vehículos formales (las organizaciones ya constituidas) como informales, redes sociales nuevas y recursos provenientes de diferentes fuentes y aliados. Pero lo que lo hizo posible fue el enmarcar culturalmente la posibilidad de la acción, es decir, se construyeron socialmente los tres componentes básicos para la acción colectiva: la percepción de injusticia, el convencimiento de que era posible revertir esa situación a través de la acción y la construcción de una fuerte identidad, un "nosotros" capaz de promover los cambios.

Además de la percepción de injusticia y de la conformación de una identidad, hacía falta la oportunidad política para sostener el ciclo de protesta. La contundencia de las movilizaciones iniciadas mostró al gobierno la necesidad de modificar su orientación, instalando ciertas prioridades en su agenda con objeto de frenar el descontento popular. Tanto es así que, luego del Cordobazo, éste basó su política frente a los sindicatos en dos ejes principales: por un lado, conseguir la paulatina normalización de la CGT dividida en dos líneas antagónicas, a fin de obtener apoyo institucional para los planes del gobierno y, por otro, restablecer aunque en forma condicionada el mecanismo de la concertación colectiva para flexibilizar la posición de los sindicatos. Así se abrieron canales de acceso a la participación por donde expresar el descontento obrero, que actuaron como disparadores de ciertos movimientos de base en las empresas automotrices de Córdoba y en otros puntos del país.

Entre los sectores dominantes se acentuaron también las divisiones tras el impacto que significó la aparición pública de la organización guerrillera peronista Montoneros, con el secuestro y muerte del ex presidente general Pedro Eugenio Aramburu en junio de 1970, lo que condujo al reemplazo de Onganía por Levingston. Estos hechos sacudieron la estabilidad del bloque dominante creando una fuerte sensación de incertidumbre que llevó al nuevo presidente a revisar la orientación de la política económica y social, dándoseles mayor parti-

cipación a los distintos sectores sociales, fundamentalmente a los del trabajo para intentar frenar con ello la posible radicalización.

Otro aspecto importante por considerar en la creación de las oportunidades políticas se refiere a la adhesión de aliados influyentes que apuntalaron y dieron cuerpo a una retórica de cambio. Así, los movimientos de base que tuvieron lugar principalmente en Córdoba en el sector dinámico de la economía, pero también en otros puntos del país, contaron con el apoyo de otros sectores sociales, entre ellos el de intelectuales progresistas como abogados que, además de asesorar a la nueva dirigencia, iniciaron sistemáticas campañas de reclamos por la liberación de los presos políticos y sindicales. También ciertos párrocos enrolados en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo brindaron no sólo apoyo material y espiritual a los trabajadores sino que instalaron su problemática entre otros sectores sociales. Otro aliado permanente fueron los estudiantes que colaboraron para la difusión de los movimientos y para darles un contenido más integral a las reivindicaciones.

Antes de seguir avanzando, y como una manifestación más de la conformación del ciclo de protesta a la que hemos hecho referencia, se hace necesario volver la atención sobre la importante rebelión que tuvo lugar en otra ciudad industrial del interior del país antes de finalizar 1969.

El Rosariaz

La huelga general nacional decretada por las dos CGT para el 27 de agosto de 1969 continúa el ciclo de protesta abierto iniciado en mayo. En ese contexto, también la huelga ferroviaria que desde Rosario se irradió al resto del país sería el detonante de la huelga general activa llevada a cabo en esa ciudad y su cordón industrial los días 16 y 17 de septiembre de 1969. Ésta coincidió con la ocupación de la fábrica que para entonces tenía lugar en la planta de Grandes Motores Diesel, de la empresa Fiat de Córdoba. El punto de partida de la huelga ferroviaria que se inició el 8 de septiembre en los talleres ferroviarios de Rosario, Pérez y Villa Diego —personal adherido a la Unión Ferroviaria, cuyo sindicato estaba intervenido— fue

la sanción aplicada a un empleado jerárquico, a la vez delegado gremial, que se negó a firmar los apercibimientos a trabajadores que habían acatado el paro del 27 de agosto. A esta medida se sumó el día siguiente el resto del personal adherido al otro sindicato ferroviario, La Fraternidad, y para el 10 la huelga se había extendido a las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, manteniéndose hasta el 27 de septiembre.

Frente a esa situación, el gobierno nacional convocó el 16 de septiembre al personal ferroviario que se encontraba en huelga para la prestación del "servicio civil de defensa", quedando sometido a la justicia militar el personal que no se presentara. Para entonces, diferentes entidades sindicales, políticas, estudiantiles, se solidarizaron con los obreros; incluso la CGT de Córdoba declaró paro general y el gobierno provincial decidió decretar feriado para "prevenir inconvenientes" dado el peso simbólico que tenía el 16 de septiembre para los trabajadores. En la Capital Federal y en Rosario, las mujeres de los ferroviarios elevaron peticiones a las autoridades detallando la situación en la que se encontraban sus familias. El 16 de septiembre la CGT de Rosario decretó el paro activo por 38 horas, llamando a una movilización y posterior concentración frente al local de la CGT.

Los estudiantes se plegaron al paro, a pesar de que el día anterior las autoridades habían emitido un comunicado por el cual alertaban a la población, en virtud del estado de sitio, sobre la prohibición de toda manifestación. Luego de la experiencia del Cordobazo, las fuerzas policiales fueron reforzadas por Gendarmería Nacional y por contingentes especializados en la lucha antisubversiva y, desde temprano, se desplegaron no sólo por la zona céntrica sino también por los barrios donde se encontraban las principales fábricas y talleres, con objeto de impedir el ingreso de los manifestantes en la zona céntrica. Sin embargo, antes de las 10 de la mañana, ocuparon ese sector obreros pertenecientes a sedes sindicales con ubicación en el centro, como los de Obras Sanitarias, Luz y Fuerza y ferroviarios, entre otros, y también lograron llegar columnas provenientes de la zona sur y portuaria. En su desplazamiento fueron construyendo barricadas e incendiaron algunos autos y ómnibus para impedir el paso de los vehículos policiales, se atacaron comercios y se registraron enfrentamientos con la po-

licía con el saldo de un herido de bala. Algunas columnas que lograron llegar desde los barrios intentaron penetrar el cordón policial que rodeaba el centro sin éxito pero, al mismo tiempo, impedían también la salida de las fuerzas de represión.

De igual manera, en los barrios se construyeron barricadas a fin de impedir el ingreso de esas fuerzas. Recién a media tarde el centro fue desalojado y la lucha se desplazó hacia los barrios, sobre todo hacia el norte y el sur de la ciudad, principales zonas fabriles. Para entonces, la participación popular era muy notable. La zona norte quedó controlada por su población, se incendió la estación ferroviaria de Arroyito y se intentó quemar un tren cargado con bolsas de azúcar, igual proceder se siguió en otras estaciones ferroviarias. En la zona sur, murió un menor de 12 años herido de bala. Esa noche algunas columnas rompieron el cerco de seguridad, varias zonas quedaron sin luz y se bloquearon rutas provinciales y nacionales. El día 17 continuaron los ataques: varias plantas industriales, garitas, sucursales bancarias, camiones, maquinaria, etc., fueron quemados.

A medianoche del 17 de septiembre culminó la huelga general con movilización pero la lucha continuó en manos de los obreros ferroviarios, expandiéndose hacia el resto del país siguiendo las vías férreas. Así, entre el 17 y el 20 de septiembre se sucedieron una serie de hechos en distintos puntos de las provincias de Santa Fe, Córdoba, Bahía Blanca y Tucumán, tales como atentados contra el personal jerárquico que cumplía tareas, descarrilamiento de trenes, atentados contra vagones, corte de energía de las señales, obstáculos en las vías, sabotajes en los talleres ferroviarios, atentados con explosivos en vías y boleterías, entre otros. Para entonces se decidió que el Ejército tomara en sus manos el asalto final para terminar con la rebelión. Se colocaron dos mil efectivos para la defensa de los objetivos ferroviarios, incluida la instalación de baterías antiaéreas. Varios detenidos pasaron a engrosar las listas de presos políticos y sindicales abiertas con el Cordobazo, pero el carácter más marcado de insurrección urbana que tuvo el Rosario insinuó ya los cambios que se estaban operando en el escenario político y que se definirían más claramente a comienzos de los '70.

La irrupción de las bases en las plantas fabriles y la expansión del ciclo de protesta

Si se consideran las estructuras utilizadas para la movilización, puede observarse también un cambio, aunque al comienzo no se subvirtieran abiertamente los mecanismos formales de canalización del conflicto contemplados dentro de la estructura sindical. Sin embargo, durante el desarrollo de la protesta, se fueron modificando los contenidos de las reivindicaciones hasta convertirse en un cuestionamiento a la dirigencia sindical. Eso fue lo que ocurrió, si, volviendo nuevamente a Córdoba, se considera la situación en sus sindicatos mecánicos luego del Cordobazo y, especialmente, en el marco abierto por la convocatoria a comisiones paritarias para la renovación de los convenios colectivos, donde comenzó a operarse lo que puede ser definido como un proceso de irrupción de las bases sobre los dirigentes. Como ejemplos más representativos habría que señalar los que tuvieron lugar a comienzos de 1970: la imposición de una nueva dirigencia en el SITRAC (Sindicato de Trabajadores de Fiat Concord) luego de la asamblea del 23 de marzo, donde se exigió la renuncia de la Comisión Directiva por acusársela de pro empresarial y se eligió una nueva. También en el SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Fiat Materfer) hubo cambios de dirección, dando origen al sindicalismo "clasista" de Fiat, a partir de las ocupaciones de fábrica en la División Planta Matrices (Perdriel), integrada en la empresa IKA-Renault en mayo —donde se encontraba el personal más calificado e ideologizado dentro del SMATA—, y en la planta de Santa Isabel durante todo el mes de junio de 1970.

En todos los casos la movilización fue promovida por las bases o estructuras intermedias pero, luego, comenzaron a tejerse redes sociales más amplias donde se puso a disposición del movimiento de protesta una serie de recursos que excedían los de las organizaciones implicadas: sistemas de comunicación, cobertura en los medios, locales en las facultades para hacer conocer sus demandas, entre otros. Esto se evidenciaría claramente en la acción desplegada por la nueva dirigencia del SITRAC y del SITRAM que, desde una lucha inicial por hacer efectiva una verdadera representación sindical, exigieron la renuncia de las comisiones directivas anteriores, la democracia

interna y un convenio similar al del SMATA —al que la empresa Fiat sistemáticamente se había opuesto—, para ir agregando luego otros contenidos que la convertirían en uno de los polos aglutinadores de una alternativa política.

En efecto, las nuevas dirigencias del SITRAC y del SITRAM reconocidas recién en junio, luego de vencer tras las ocupaciones de las plantas en el mes de mayo la intransigencia empresarial y del gobierno que se negaba a hacerlo, se definieron opuestas a toda medida que implicara algún atisbo de burocratización, negándose incluso a integrar la combativa CGT regional. Sin embargo, la radicalización con que generalmente se asocia a este movimiento, sintetizada en la famosa frase “Ni golpe ni elección, revolución”, no estuvo presente desde sus orígenes sino que se fue definiendo sobre todo hacia el final del año '70 y más claramente en 1971 a partir del Viborazo de marzo de 1971.

A partir de los '70 se observaron entonces importantes cambios en los repertorios de confrontación. La experiencia acumulada por los trabajadores de los sindicatos líderes durante la década del 60 había sido la permanente movilización a través de las estructuras formales de los sindicatos, manteniendo una estricta disciplina sindical como medio de conseguir sus reivindicaciones. Pero la situación abierta luego del Cordobazo introdujo cambios en los que la disciplina y uniformidad anterior pasarían a ser sustituidas por una creciente demanda de autonomía y democracia de base, que se afirmó como un código común sobre todo entre los sectores juveniles. Lo novedoso entonces luego de 1969 fue que, recogiendo la experiencia previa de movilización y combatividad desplegada para hacer efectivas las demandas corporativas, se produjeron cambios en las formas de enfrentamiento y en los contenidos. Estas transformaciones se evidenciaban en la utilización de mecanismos más informales para la exteriorización de la protesta y en medidas de acción directa como la ocupación de fábrica con rehenes, que si bien formaba parte del acervo cultural de los trabajadores antes se había ejercitado con otro sentido. En efecto, esta práctica recogía experiencias previas como el plan de lucha lanzado por la CGT nacional en 1964 y la “gran huelga” de Fiat en 1965, pero, sobre todo en el primer caso, ésta había sido implementada desde las cúpulas sindicales según un

cronograma y planificación perfectamente establecidos, como demostración de fuerza para negociar pero, a la vez, controlando y evitando la iniciativa de los cuadros inferiores.

En cambio, a partir del Cordobazo, esta medida adquirió un carácter disruptivo para la forma convencional de negociación del conflicto pues la intención era llevar la disputa al centro de la producción, donde los trabajadores sin intermediarios, es decir, sin la mediación del sindicato, debían encontrar las soluciones disponiendo como elementos de presión de su fuerza de trabajo y de la apropiación momentánea de las herramientas y el espacio de la producción. Con estas medidas, que generalmente incluían la toma de rehenes y acciones violentas como amenazas con explosivos, se subvertían el principio de la exclusiva autoridad y propiedad empresarial en las plantas y, también como ya se ha dicho, la modalidad convencional de solución de los conflictos fabriles al desconocerse las autoridades sindicales constituidas, para pasar en algunos casos a cuestionar el orden general.

Relacionado con lo anterior, otro cambio importante operado durante el desarrollo del movimiento fue el de la apropiación de nuevos espacios, como la comunidad fabril, que buscaba implicar a diferentes sectores: organizaciones de la vecindad, parroquias, unidades básicas y de fomento, entre otros. Se intentó también proyectar los movimientos al centro del debate intelectual y social, buscando atraer la atención de los medios de comunicación y con la asistencia de los militantes a asambleas estudiantiles que tuvieron lugar en diferentes facultades, estrechándose vínculos con otros sectores sociales.

Otra característica nueva del repertorio de confrontación fue la búsqueda de trascender lo particular a través de medidas novedosas que atrajesen la atención de los medios y que, tanto a través de su táctica como de su contenido, implicaran a todos. Tal fue el caso de la forma de lucha escogida por el SITRAC para exigir la reincorporación de delegados despedidos: una huelga de hambre en la parroquia de Ferreyra, donde estaban ubicadas las plantas de Fiat, los días de Nochebuena y Navidad de 1970. La utilización de esa medida disruptiva, con alto contenido simbólico y moral, tuvo amplia repercusión en la opinión pública, contó con la adhesión de los sectores más diversos y provocó también un importante cruce discursivo en el

intento de explicar y representar la identidad de los trabajadores y del movimiento. Si una huelga de hambre en esa fecha tenía de por sí un efecto ejemplificador, mucho más impacto tendría por haberse llevado a cabo en la parroquia de Ferreyra. Estos trabajadores "clasistas", acusados por algunos de ser marxistas, elegían imágenes con un alto contenido cristiano para sintetizar su mensaje y, a la vez, entre otras muchas manifestaciones de solidaridad, recibían la adhesión —por primera vez pública— de tres organizaciones armadas: las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y Montoneros.

El ciclo de protesta no quedó relegado a las principales ciudades industriales: por el contrario, entre octubre y noviembre de 1970 también tuvieron lugar dos importantes movimientos de protesta en Tucumán y Catamarca, el primero protagonizado principalmente por los estudiantes a los que se sumaron los obreros, y el segundo por agentes estatales y el pueblo en general, que repudiaron la política del gobierno provincial.

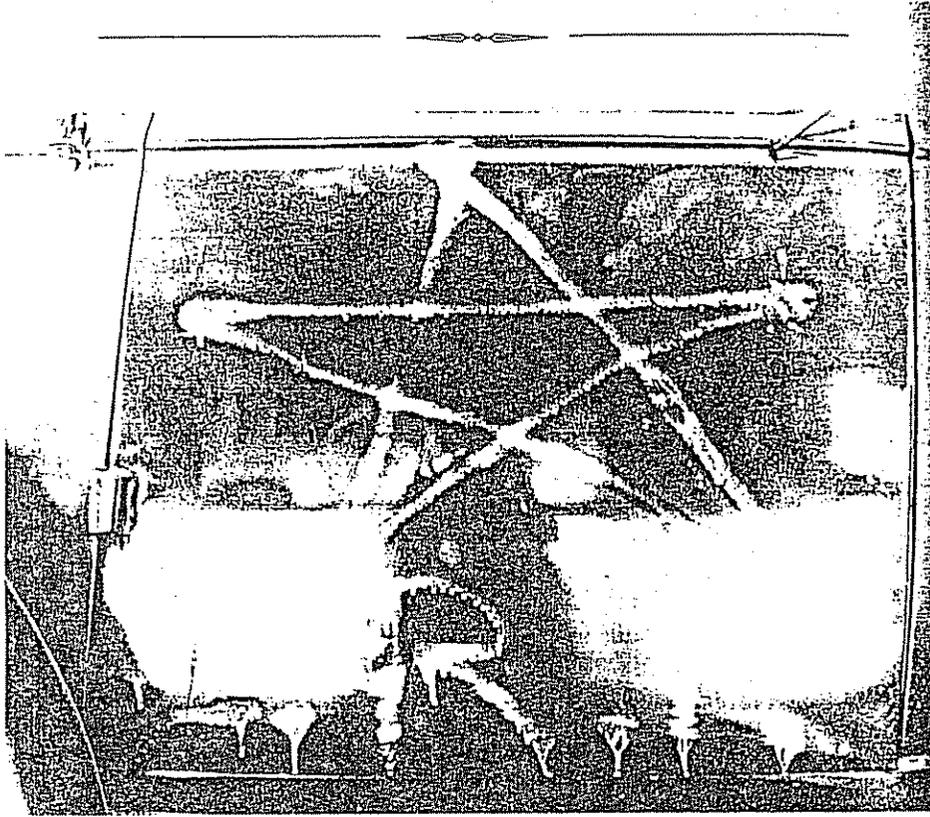
Nuevos actores ocupan el espacio público: las organizaciones armadas

Si bien la protesta social y la guerrilla coincidieron en el tiempo como fenómenos del pos-Cordobazo, es necesario diferenciarlos y no ver en la primera la génesis de la segunda. Se ha señalado antes que la opción por la vía armada se configuró tempranamente en la Argentina, producto de la particular cultura política en la que el adversario político fue reforzando cada vez más las características de enemigo y la debilidad del sistema de partidos desvalorizaba la democracia representativa. En ese marco vimos que el gobierno de Onganía apareció como el precipitador para que una particular forma de acción directa tomara cuerpo, acentuándose el proceso de conformación de organizaciones armadas provenientes de diferentes vertientes político-ideológicas. Sin embargo, lo novedoso del pos-Cordobazo fue que éstas ocuparon el espacio público presentándose claramente como una alternativa política más para el acceso al poder, sobre todo para los sectores juveniles. En efecto, si bien la idea de la violencia como camino de transformación social o política

antecede a los sucesos de mayo del '69, el proceso contestatario desatado allí tornó verosímiles varios de los argumentos que los grupos revolucionarios, peronistas o no, sostenían en relación con la transformación social y política, volviéndolos creíbles para amplios sectores. Así, la violencia —aunque con diferentes formas— comenzó a tematizarse como una opción posible mientras diferentes actores se iban sumando al movimiento social y alimentaban el ciclo de protesta.

Dentro de las organizaciones armadas de raíz marxista, el ERP y las FAL, surgidas antes de 1969, se convirtieron en los principales referentes luego del Cordobazo, buscando ganar espacios en los sindicatos a través de la creación de células revolucionarias en las fábricas. Pero en el año '70 entraría en escena la más importante organización armada de la Argentina por el caudal de personas que movilizó: la organización de la izquierda peronista Montoneros. Varios de sus jóvenes fundadores provenían de grupos nacionalistas católicos, muchos de ellos incluso habían militado en la agrupación nacionalista de derecha Tacuara en los '60, pero luego de expandirse el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo tuvieron un acercamiento a los sectores desposeídos sobre todo por la influencia del sacerdote Carlos Mugica y los escritos de Juan García Elorrio publicados en la revista *Cristianismo y Revolución*.

Su primera aparición pública tuvo un alto contenido simbólico: al cumplirse un año del Cordobazo —fecha coincidente con la del Día del Ejército— secuestraron a quien se identificaba como el primer "verdugo" de la resistencia peronista por el fusilamiento del general Valle en junio de 1956 y por la expatriación del cadáver de Eva Perón: el teniente general Pedro Eugenio Aramburu. Quienes participaron en el secuestro (Fernando Abal Medina y Emilio Ángel Maza), vestidos con uniformes militares y amparándose en sus conocimientos militares como liceístas, se presentaron ante Aramburu ofreciéndose como custodias. Tres días después fue asesinado luego de ser sometido a un juicio revolucionario. Fue un hecho muy arriesgado ya que entonces la infraestructura de Montoneros era mínima: contaba sólo con doce personas con importantes conexiones en Córdoba. La consecuencia inmediata en la estructura de poder fue la remoción de Onganía diez días después del secuestro y su reemplazo por Levingston.

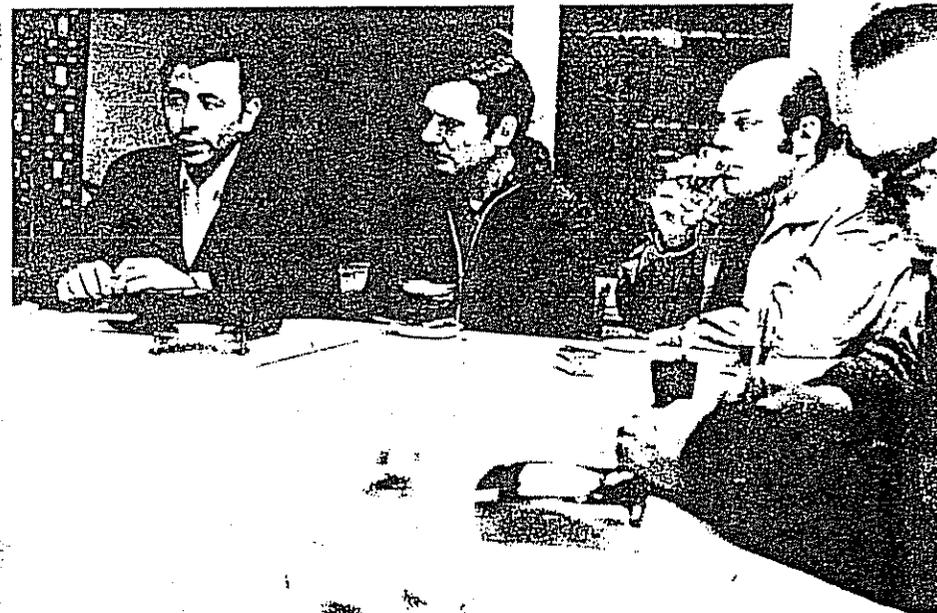


Sigla del ERP pintada en Córdoba durante las huelgas de 1971.

En cuanto a las definiciones ideológicas, Montoneros no hizo diferencias al comienzo entre los sectores que luchaban meramente por el retorno de Perón al poder y los que buscaban una transformación socialista del país, la patria peronista como "patria socialista". Había en ellos un culto a la acción sin precisar previamente su objetivo final. En su pensamiento se subordinaba la lucha de clases a las luchas populares nacionales, hecho que atrajo a gran número de jóvenes de clase media. No ocurrió lo mismo con los obreros industriales que, por lo general, los rechazaron, ya sea por asumir algunos sectores —como los de Córdoba— posiciones más radicales o por las tendencias pragmáticas y conciliadoras de gran parte del sindicalismo peronista, para quienes las estrategias armadas aparecían como ajenas a su experiencia y necesidades de trabajadores. El aliento que, sin descuidar otras estrategias, Perón dio a Montoneros y a otras agrupaciones tales como la Juventud Pe-

ronista (JP), la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), que comenzaron a formar la Tendencia Revolucionaria del peronismo, los convenció de que su particular visión de la "patria socialista" podría conseguirse con el retorno del líder. Dentro del sector revolucionario, los que apostaron a la opción obrera fueron conocidos como "alternativistas" y conformaron el Peronismo de Base para actuar a nivel de las fábricas.

Durante 1971, la otra organización armada más activa fue el ERP, que en mayo secuestró a Stanley Sylvester, cónsul británico honorario y director de la planta envasadora de carnes Swift en Rosario, que debió repartir 50 000 dólares en ropas y alimentos a los pobres con el fin de que lo liberaran. La otra operación importante del ERP fue el secuestro del director general de Fiat Concord, Oberdan Sallustro, en Córdoba en marzo de 1972, con objeto de que se reincorporaran los obreros despedidos al disolverse el SITRAC y se liberaran los guerrilleros y huelguistas encarcelados; el gobierno prohibió el pago



De izquierda a derecha, Mario Roberto Santucho, Benito Urteaga y Enrique Gorriarán Merlo, conductores del ERP.

POR EL SECUESTRO DEL SEÑOR TENIENTE GENERAL D. PEDRO EUGENIO ARAMBURU SE REQUIERE LA CAPTURA DE:



ESTHER NORMA ARROSTITO
Mujer "traza", argentina, 38 años de edad.
Calle 14 de Mayo, 1247, tel. 46.0000.
C.I.N. 110151 P. E. L. C. N. 211020



MARIO EDUARDO FIRMEINICH
Mujer "traza", argentino, 33 años de edad.
Calle 14 de Mayo, 1247, tel. 46.0000.
C.I.N. 110151 P. E. L. C. N. 211020



FERNANDO LUIS ABEL MEDINA
Mujer "traza", argentino, 31 años de edad.
Calle 14 de Mayo, 1247, tel. 46.0000.
C.I.N. 110151 P. E. L. C. N. 211020

DENUNCIELOS!

A la POLICÍA FEDERAL o al organismo policial más próximo en todo el país.

LA POLICIA FEDERAL DE ARGENTINA REQUIERE LA CAPTURA DE ESTOS TRES INDIVIDUOS POR EL SECUESTRO DEL TENIENTE GENERAL ARAMBURU. (AP)

Afiche distribuido por la Policía Federal tras el secuestro del teniente general Aramburu

del rescate y Sallustro fue muerto por los secuestradores al llegar la policía al lugar donde estaba cautivo

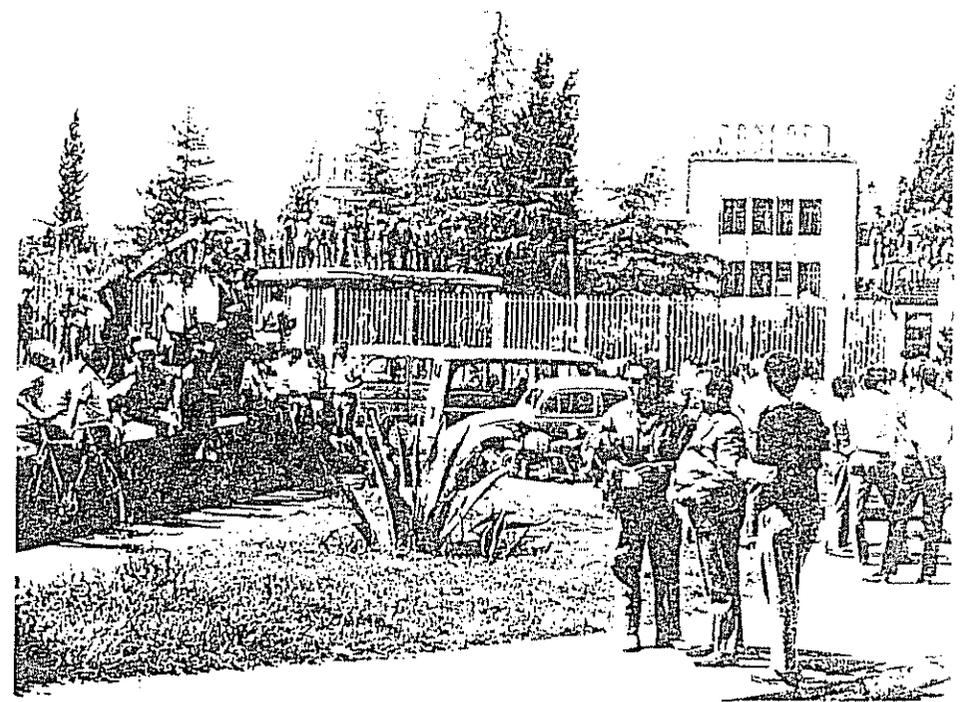
La opción por la vía armada se reforzó también con la acción de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), cuyo origen se remontaba a 1966, cuando unas cuantas personas se unieron con la esperanza de convertirse en el apéndice argentino del foco boliviano del "Che" Guevara. Su muerte condujo al derrumbe del proyecto pero, conducidas por Carlos Enrique Olmedo, iniciaron la guerrilla urbana en 1969. Al intentar salir de su aislamiento político, el giro hacia la lucha urbana fue acompañado de la peronización de las FAR, proceso que se consolidaría hacia 1971, para fusionarse finalmente con Montoneros a fines de 1972.

En cuanto al repertorio de confrontación utilizado por los grupos guerrilleros, es necesario destacar que más que buscar el enfrentamiento directo con el ejército o la policía, sus acciones aparecían como ejemplos de propaganda armada que buscaban ganarse la simpatía popular y también hacerse de recur-

sos. Trataron de hacer un uso mínimo de la violencia ofensiva que tenía blancos bien determinados, como representantes del régimen o, sobre todo en el caso del ERP, empresarios en conflicto con sus obreros, sin realizar actos terroristas al azar. Los secuestros también se utilizaron para obtener recursos para el mantenimiento de la organización o para ser distribuidos en villas de emergencia.

LA TRANSFORMACIÓN DEL CICLO DE PROTESTA OBRERA. LA HORA DE LAS DEFINICIONES POLÍTICAS

El año 1971 marcó la transformación de la protesta obrera, que adquirió contenido político y buscó trascender los límites locales para encarar un movimiento nacional. Puede decirse



Ocupación de la fábrica Fiat Concord en 1971.



que se produjo una rearticulación de la crisis, una reabsorción de la crisis social por los agentes políticos, sobre todo del campo opositor. La presión que venían ejerciendo distintos sectores de la sociedad tuvo que ser asumida por el gobierno de la Revolución Argentina y, nuevamente como en 1969, lo acontecido en Córdoba fue crucial para decidir el cambio de actitud del gobierno. Luego del segundo Cordobazo o Viborazo Levingston fue reemplazado por Lanusse, quien desde esa ciudad el 1º de mayo lanzó el Gran Acuerdo Nacional (GAN) prometiendo la convocatoria a elecciones en el corto plazo. Ya en noviembre de 1970 representantes de los principales partidos políticos se habían reunido en un encuentro que se conoció como La Hora del Pueblo para exigir la salida electoral y un cambio sustancial del modelo económico-social. Sin embargo y a pesar de que, como hemos visto, ya habían aparecido en escena las organizaciones armadas, fue necesaria una contundente protesta social, a la que se sumaron aquéllas, para convencer al gobierno de la conveniencia de esa salida. Es que en el Viborazo convergieron quienes aparecían como los principales exponentes del cuestionamiento al régimen: los trabajadores de los sindicatos líderes y representantes de las organizaciones armadas unidos en lo que, de no frenarse, podría abrir el camino para una insurrección general.

El segundo Cordobazo o Viborazo: la caída de los gobiernos provincial y nacional

Los problemas comenzaron a plantearse a partir de la ocupación de las plantas de Fiat que tuvo lugar el 14 de enero de 1971 como reacción frente al despido de siete obreros, algunos de ellos delegados, y que llevó a la empresa a solicitar la intervención del Ejército para desocupar la fábrica. Los trabajadores tomaron a dos funcionarios de la empresa como rehenes y la crisis de Fiat se extendió por toda la ciudad cuando la totalidad de los trabajadores mecánicos convocaron a una huelga de solidaridad para el día siguiente. La mediación del gobernador de Córdoba, Bernardo Bas, impidió que la ciudad fuera ocupada militarmente disponiéndose la conciliación obligatoria, pero la actitud de los obreros de no dejarse amedrentar por las



Huelga en Córdoba en 1971.

amenazas y negarse a abandonar la planta hasta que la patronal cedió fue valorada como un "triunfo frente a la empresa imperialista". Pero más que el fin del conflicto, la huelga de enero fue el primero de una serie de hechos que culminarían en la segunda gran protesta obrera y levantamiento popular de Córdoba en menos de dos años. El 29 de enero SITRAC y SITRAM presentaron una propuesta de convenio según los lineamientos del negociado por el SMATA. Pero, a pesar de que el resultado de la conciliación obligatoria por el conflicto de enero reconoció las reivindicaciones de los obreros, la empresa se negaba a negociar con los trabajadores de Córdoba, argumentando que las negociaciones debían realizarse en Buenos Aires. Esa situación conflictiva coincidió con un momento político particularmente sensible en Córdoba.

El 1º de marzo Levingston designó a José Camilo Uriburu, hijo de una familia aristocrática y representante de la derecha católica, como gobernador de Córdoba en reemplazo del más contemporizador Bernardo Bas. Ese nombramiento se hizo en medio de una serie de movilizaciones llevadas a cabo por dife-

rentes sindicatos de Córdoba y cuando la CGT regional estaba programando un paro general para el 12 de marzo. En ese clima, el nuevo gobernador anunció en un discurso en la localidad cordobesa de Leones que "Dios le había encomendado la misión de cortarle la cabeza a la víbora venenosa que anida en Córdoba".

La respuesta del movimiento obrero cordobés fue programar una acción conjunta de todos los sindicatos, incluidos los de Fiat, para el día 12. Sin embargo, no lograron ponerse de acuerdo en las medidas que se debían adoptar; mientras la CGT y Luz y Fuerza proponían ocupaciones de los lugares de trabajo, el SITRAC y el SITRAM preferían una marcha al centro con concentración, es decir, la misma estrategia utilizada en el Cordobazo, a la que los demás sindicatos se oponían argumentando que habría una fuerte represión. Cuando la segunda moción fue vencida, se acordó primero hacer las tomas y luego marchar al centro. Pero el día 12 los trabajadores de Fiat, en vez de ocupar las plantas, decidieron abandonarlas y realizar una manifestación, marchando hacia los barrios de las cercanías donde los estaban esperando unidades policiales enviadas para disolver la concentración. La policía disparó sobre los trabajadores y mató a un obrero, provocando —como había

ocurrido en el Cordobazo— la ira colectiva, que transformó la manifestación en una protesta de masas. Durante todo el día hubo enfrentamientos con la policía y el 14 de marzo unos diez mil cordobeses acompañaron el cortejo fúnebre de Adolfo Cepeda.

Los trabajadores de Fiat abandonaron las plantas el lunes 15 de marzo con la intención de realizar una concentración masiva en el centro, pero errores en la coordinación hicieron que ésta no fuera organizada y que fueran fundamentalmente los trabajadores del SITRAC y del SITRAM y los de la planta de Industrias Mecánicas del Estado (IME), históricamente aislados del movimiento obrero cordobés, los que constituyeron los contingentes obreros más grandes en esa oportunidad. Luego de una breve concentración en el centro, los obreros se dispersaron por los barrios, varios para apoyar la ocupación que los del Sindicato de Luz y Fuerza estaban llevando a cabo en la usina de Villa Revol. Poco después se unieron a ellos estudiantes y ciudadanos comunes y en las primeras horas de la tarde la ciudad estaba una vez más sumergida en una ola de destrucción mayor incluso que la del primer Cordobazo, en términos de daños a la propiedad y en pérdida de vidas. El fracaso de los sindicatos en la coordinación de la protesta aseguró la veloz represión, especialmente por la llegada el día 16 desde Buenos Aires de una brigada antiguerrillera especialmente entrenada. El 17 se pidió la renuncia de Uriburu y, ante la nueva huelga general decretada por la CGT para el 18 de marzo, la ciudad fue ocupada militarmente y antes de fin de mes el presidente Levingston fue reemplazado por Lanusse. A diferencia del primer Cordobazo, el segundo tuvo un carácter mucho más obrero que popular, acompañado por la clara presencia de los nuevos actores políticos del momento, las organizaciones armadas.

Relato del entierro del obrero Adolfo Cepeda, 14 de marzo de 1971

"Durante seis o siete kilómetros, el cortejo, formado por unas cuatro mil personas, ha venido llevando el ataúd a pulso. Sobre él puede verse, por entre los cientos de cabezas de la barrera humana, una bandera del ERP junto a la argentina () Rodeando la gran cruz, que desde la parte superior de una loma domina el cementerio, se han ubicado carteles con consignas: A UN COMBATIENTE CAÍDO NO SE LO LLORA. SE LO REEMPLAZA EN LA LUCHA. Parado sobre el pedestal de la cruz Páez, dirigente del Sitram, único orador del acto, llama a 'convertir el dolor en odio, en odio y combate contra los explotadores. Ha muerto un hijo de la clase obrera y debemos jurar vengarlo'. Los aplausos alteran la paz del cementerio."

Fuente: Oscar Anzorena. *Tiempo de violencia y utopía*

Las definiciones políticas

Luego del lanzamiento del GAN, el gobierno combinó la apertura por la promesa electoral con la represión de los que no se integraran en ese esquema, procediéndose así a la detención de varios dirigentes del SITRAC-SITRAM acusados de

subversión. Agustín Tosco fue enviado a una cárcel del sur el 29 de abril y recién fue liberado a fines de 1972. Esta doble actitud provocó que a partir de entonces la lucha se planteara en términos políticos y obligó a definir las estrategias que se utilizarían. Con sus diferencias y matices, los distintos actores plantearon la necesidad de un cambio político. Las cúpulas sindicales que buscaron ocupar un lugar dentro de la nueva reorganización del movimiento peronista y otros sectores como el sindicalismo "combativo" de Córdoba se inclinaron más hacia un proyecto de socialismo nacional que uniera a los diferentes sectores del campo popular sin negar la posibilidad del canal de acceso "democrático".

Ahora bien, para explicar el pasaje del movimiento social a la acción política fue necesario que se dieran ciertas oportunidades políticas y tuvieran lugar una apertura y cambios en la agenda política. Esto ocurrió con el lanzamiento del Gran Acuerdo Nacional y la promesa de prontas elecciones sin proscripciones. Ante esta instancia las estrategias debieron redefinirse, comenzando a mobilizarse recursos predominantemente políticos, en especial tras las medidas dadas por el gobierno: el 2 de abril, diecisiete días después del Viozorazo, se declararon rehabilitados los partidos políticos y el 21 de junio se entregó a Lanusse el proyecto de ley que reglamentaría su actividad. En septiembre se reinició la afiliación en el justicialismo con una serie de actos simbólicos.

Sin embargo, estas medidas se daban en un escenario muy diferente del de años anteriores. Se habían producido algunos cambios en las formas de la acción colectiva: la definición de nuevas formas de confrontación y la utilización de canales informales para exteriorizar la protesta. La experiencia pasada dejó profundas huellas en marcos culturales que moldearon las estrategias escogidas. Por ejemplo, en la CGT local se creó la Comisión de Solidaridad, que inició una serie de recitales populares a beneficio de los familiares de los presos gremiales, políticos y estudiantiles y de los trabajadores de Fiat, a la vez que continuaba su lucha por un convenio que reconociera sus demandas, trataban de que su acción trascendiera el ámbito fabril. El objetivo de marcar la diferencia en la lucha llevada a cabo en Córdoba, que ya se definía no sólo contra la burocracia sino también contra el régimen, se evidenció en el interior

del mismo movimiento peronista. En el Plenario Nacional de Gremios Combativos, donde se habían reactualizado los programas obreros de La Falda, Huerta Grande y del 1º de Mayo de la CGT de los Argentinos, se resolvió emprender abiertamente la lucha contra el gobierno de Lanusse y en un acto posterior, en junio en el Luna Park, la delegación de Córdoba se presentó portando una bandera nacional de guerra atada a una rama de árbol.

En ese sentido, el sindicalismo peronista de Córdoba sufrió una permanente tensión entre, por un lado, mantener un proyecto como el esgrimido en el Plenario de Gremios Combativos, coherente con la experiencia de movilización vivida a partir del Cordobazo y, por otra parte, las exigencias de subordinarse a un plan político general decidido por Perón y los dirigentes nacionales. Esa tensión, producto de la particular experiencia anterior, fue decisiva en el papel desempeñado por los sindicatos de Córdoba para imponer una línea de izquierda en el partido —a pesar del peso que todavía mantenía la ortodoxia dentro de él y que se pondría de manifiesto en acontecimientos posteriores—, que se materializó en 1972 con el triunfo de la candidatura de Ricardo Obregón Cano y del dirigente de la UTA, Atilio López, para los cargos de gobernador y vicegobernador en las elecciones de 1973.

Dentro del espectro de posibilidades abiertas para las definiciones políticas, algunos sectores más radicalizados de los trabajadores de Fiat llegaron a plantear una salida revolucionaria. Sin embargo, esa alternativa no estuvo presente desde el origen en el "clasicismo" de Fiat sino que puede ser considerada también como producto del proceso de movilización, de tomar parte en la acción dentro de una experiencia sindical particular, que había mantenido aislados a estos trabajadores de los organismos sindicales durante la década anterior pero no de los símbolos de la rebelión presentes en la cultura política cordobesa. Puede decirse que estos trabajadores recapturaron esos símbolos y los dotaron de un particular sentido al compás de lo que fue sucediendo también en otros sectores sociales que se plegaron al movimiento. En la opción "antiburocrática" escogida por el SITRAC y el SITRAM, que valoró negativamente hasta la propuesta de Agustín Tosco de conformar un frente popular con los sectores progresistas, se priorizó prote-

ger una identidad alternativa, de purismo obrero, frente a toda consideración estratégica, haciendo que el movimiento se volcara sobre sí mismo sin tomar demasiado en cuenta la identidad mayoritariamente peronista de los trabajadores.

Además, ésta aparecía ahora sólo como una entre las variadas y diferentes alternativas que se esgrimieron en la caldeada y movilizada Córdoba. Los diversos sectores comenzaron a dar forma a sus planes políticos y para algunos de ellos la radicalización que había servido para promover la acción colectiva podía, ahora, tornarse una amenaza. El peronismo sindical de Córdoba, sobre todo en su vertiente legalista, mantuvo la combatividad apuntalando y consiguiendo, como ya señalamos, el triunfo del ala política más de izquierda dentro del partido, pero no estaba dispuesto a apoyar alternativas que cuestionaran al peronismo como movimiento político representativo de los intereses de los trabajadores.

A la vez, hacia mediados de 1971, la transformación de la protesta en acción política significó también la primera declinación del ciclo de protesta obrera. Los datos ofrecidos por Brennan sobre la cantidad de paros y de horas perdidas en el complejo de IKA-Renault muestran una importante reducción de los conflictos durante el período 1971-1972. En esto habría incidido el hecho de que la confrontación comenzara a librarse preferentemente en la arena política y que, tras no aceptar los trabajadores de Fiat las propuestas de la empresa sobre el convenio de trabajo, fueran intervenidas militarmente las plantas y se procediera a retirar la personería gremial del SITRAC y del SITRAM y a expulsar a sus comisiones directivas y cuerpos de delegados en octubre de 1971. Estas medidas que limitaron la posibilidad de la protesta obrera no abortaron, sin embargo, la lucha política que a través de otros canales seguirían librando estos trabajadores.

El año 1972 no presentó exteriorizaciones importantes de protesta obrera, concentrándose las energías en la lucha política. En uno de los sindicatos más importantes de Córdoba, el SMATA, y como un ejemplo de la radicalización que sobrevino al Cordobazo, ganó las elecciones en el gremio en abril de 1972 un militante del PCR, René Salamanca, de la Lista Marrón. Luego de catorce años de conducción peronista. En ese nuevo marco, los obreros de Fiat bregaron por el reconoci-

miento de su afiliación al ahora "clasista" SMATA de Salamanca, apoyados por una serie de plebiscitos en las plantas que así lo ratificaban, mientras se desarrollaban los apremios electorales. Sin embargo, luego de arduas tratativas, a fines de 1972 se adjudicó a la UOM la representación del personal de Fiat; las esperanzas de un cambio en esa situación fueron finalmente perdidas cuando el tercer gobierno peronista en 1973 no sólo ratificó esa decisión sino que emprendió una sistemática campaña para restablecer el verticalismo y aplacar todo intento disidente en la combativa Córdoba.

El régimen en retirada: puebladas y represión

En el contexto preelectoral de 1972 se combinó la lucha política llevada a cabo por los diferentes actores con la represión utilizada por el gobierno para sofocar las manifestaciones de rebelión popular y también con la escalada de violencia en ascenso desencadenada por las organizaciones armadas, algunas de ellas porque desconocían la vía electoral de acceso al poder y otras, como Montoneros, porque significaba una medida de refuerzo y de amenaza por si el gobierno no cumplía con sus promesas.

En efecto, las acciones de la guerrilla no se habían detenido y éstas, en cierta manera, aparecían también como definiciones políticas. La mayoría de las organizaciones no aceptaba la salida electoral como el mecanismo adecuado para el acceso al poder porque apostaban a la insurrección popular para garantizar sus objetivos o bien presuponían que la entrega del poder sería condicionada y con restricciones como lo había sido en otras oportunidades. Éste era el caso en especial de Montoneros, que había rechazado el GAN como una trampa del régimen. A pesar de los esfuerzos llevados a cabo por el sector político del movimiento justicialista, Montoneros se mantuvo, al menos hasta fines de 1972, en una posición intransigente. En esto tuvo que ver también la estrategia desplegada por el propio Perón que, mientras alentaba las conversaciones de los políticos, hacía también lo propio con las acciones de los sectores revolucionarios, como una forma de jaquear por todos los flancos al régimen.

Para mediados de 1972 la popularidad de Montoneros había crecido notablemente y puede considerarse ese momento como el más álgido en cuanto al apoyo encontrado en las masas, sobre todo a través de las estructuras de la Juventud Peronista. En junio se realizó un proceso de unificación de sus diversos grupos en una estructura nacional encabezada por Rodolfo Galimberti, quien se desempeñaba desde hacía unos meses y por designación de Perón como representante de este sector en el Consejo Superior Justicialista. Esto hacía que, más allá del número que efectivamente integraba los cuadros de la organización armada, el apoyo brindado por la juventud y otros sectores sociales parecía convertirlo en un incipiente fenómeno de masas.

En noviembre de 1972, luego de diecisiete años de exilio, Perón regresó al país y terminó de concretar la formación de un frente electoral encabezado por la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima, ante la imposibilidad de postularse él mismo como candidato. En realidad todos sabían que, como cantaba el pueblo, esto significaba "Cámpora al gobierno, Perón al poder" y con este anunciado triunfo parecía cerrarse la larga agonía abierta en 1955. Para entonces sólo algunos grupos radicalizados se oponían a participar de la salida electoral, aunque ésta no fue valorada de igual manera por todos los sectores. Para muchos representaba un fin en sí mismo, para otros era el primer paso para el establecimiento posterior de la patria socialista. En el largo proceso abierto con la destitución de Perón muchos costos sociales se habían pagado, sólo en el período 1966-1973 unas cien personas habían sido muertas y quinientas fueron encarceladas por razones políticas. Sin embargo, el esperanzado retorno, como se verá, no traería la paz social. Por el contrario, los antagonismos, el autoritarismo y la intolerancia presentes en la sociedad y en su cultura política conducirían a una espiral creciente de violencia en el intento por definir a quiénes correspondía ser los artífices del nuevo proyecto de país por construir, una vez liberados —al menos provisoriamente— de la tutela militar. Sin embargo, la "patria socialista" no sería posible y un nuevo golpe —el más terrible de la historia argentina— cerró definitivamente el ciclo que se había abierto en 1955 y con él todos los proyectos de construcción de un orden superador, de inclusión para todos y que permitiera superar las antinomias del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- Amaral, Samuel, y Plotkin, Mariano Ben (comps.). *Perón del exilio al poder*. Buenos Aires, Cántaro, 1993.
- Anzorena, Oscar. *Tiempo de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.
- Balve, Beba, y Balve, Beatriz, *El '69. Huelga política de masas. Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo*. Buenos Aires, Contrapunto, 1989.
- Brennan, James Paul, *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- , y Gordillo, Mónica B., "Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo", en *Estudios*, N° 4, revista del CEA de la UNC, Córdoba, julio-diciembre de 1994, pp. 51-74.
- Ceballos, Carlos. *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política N° 103, 1985.
- Crenzel, Emilio. *El Tucumanozo*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1997.
- Cueva, Cecilia de la, y Sribano, Adrián. "Catamarcazo: protesta y acción colectiva en los años '70", ponencia presentada al XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), San Pablo, Brasil, 1997.
- Gillespie, Richard, *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1978.
- Gordillo, Mónica B., "Los prolegómenos del Cordobazo: los sindicatos líderes de Córdoba dentro de la estructura de poder sindical", en *Desarrollo Económico*, vol. 31, N° 122, julio-septiembre de 1991.
- , *Córdoba en los '60. la experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la UNC, 1996.
- , "Cultura y formas políticas de resistencia de los trabajadores peronistas en los '60", en *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, Córdoba, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades UNC, A. I, N° 1, noviembre de 1997, pp. 47-84.
- , "Movimientos sociales e identidades colectivas: repensando el ciclo de protesta obrera cordobés de 1969-1971", en *Desarrollo Económico*, vol. 39, N° 155, octubre-diciembre de 1999, pp. 385-408.

James, Daniel. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*. Buenos Aires, Sudamericana. 1990

Ollier, María Matilde. *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina. Biblioteca Política N° 145. 1986.

Salas, Ernesto. *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina. Biblioteca Política N° 297 y 298. 1990.

Tarrow, Sidney. *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid. Alianza. 1997

Terán, Oscar. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires. Puntosur. 1991.

